

**ANÁLISIS NARRATIVO Y PERIODÍSTICO DE *EL ORO Y LA OSCURIDAD, LA
VIDA GLORIOSA Y TRÁGICA DE KID PAMBELÉ*, DE ALBERTO SALCEDO
RAMOS**

MONOGRAFÍA PARA OPTAR AL TÍTULO DE LICENCIADO EN LITERATURA

AUTOR: PAVEL STEVEN SALAZAR

DIRECTOR: DR. ALEJANDRO JOSÉ LÓPEZ CÁCERES

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
CALI, COLOMBIA
2024**

DEDICATORIA

Quiero dedicar este trabajo de grado a mi madre, quien falleció hace poco. Agradecerle por su amor incondicional, por ser esa mujer guerrera y valiente que luchó hasta el último día. Nos educó con entereza y amor y ese fue el más hermoso aprendizaje que dejó en nuestras vidas. Serás para siempre mi amor eterno, madre, desde aquí hasta el cielo y la inmensidad donde descansas y nos cuidas.

Contenido

Resumen.....	4
Antecedentes	5
Introducción	9
1. Pambelé, héroe	13
1.1. Pambelé y el boxeo en Colombia.....	13
1.2. Construcción del concepto héroe/antihéroe en la obra de Salcedo Ramos	17
2. Pambelé, mito	25
2.1. El camino del héroe y las tres etapas de Campbell en el mito de Pambelé	25
2.1.1. Partida	30
2.1.2. Iniciación	33
2.1.3. Regreso.....	38
2.2. El héroe situado en otros héroes.....	41
2.3. El mito de Pambelé como acervo de su comunidad.....	43
3. Pambelé en el texto periodístico-literario	47
3.1. El periodismo literario como subgénero híbrido estadounidense.....	47
3.2. La inmersión como técnica principal del periodismo literario.....	52
3.3. La inmersión como insumo de <i>El oro y la oscuridad</i>	56
4. Conclusiones.....	62
5. Referencias.....	65

Resumen

Esta monografía investigativa tiene como objetivo principal el estudio y análisis de la crónica *El oro y la oscuridad: la vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*, del escritor Alberto Salcedo Ramos. El enfoque en el que se desarrolla el análisis es a partir de su estructura narrativa, aplicando la teoría de Joseph Campbell sobre el camino del héroe y cómo se cumple la estructura del monomito en las diversas etapas de la vida deportiva y personal de Kid Pambelé. Por otra parte, se realiza también un análisis periodístico sustentado en la teoría del periodismo literario, técnica de la inmersión de los icónicos periodistas, Norman Sims y Gay Talese, esto con el propósito de demostrar las estrategias periodísticas usadas por Alberto Salcedo Ramos para la recopilación de información y la posterior construcción de la crónica sustentada. Además, dicho estudio se respalda desde la mirada de otros autores para enriquecer la investigación y futuras indagaciones que aborden los temas tratados en esta monografía.

Palabras clave: El oro y la oscuridad: vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé, Alberto Salcedo Ramos, Joseph Campbell, el camino del héroe, inmersión periodística.

Antecedentes

La presente monografía de investigación tiene como objeto de estudio la crónica *El oro y la oscuridad: La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*, del escritor colombiano Alberto Salcedo Ramos. Dicha crónica se publicó en el año 2005, con reediciones posteriores. Manejamos la edición de 2012. Se trata de un libro que sigue circulando en la actualidad, como puede inferirse del hecho de que la subsidiaria colombiana de Penguin Books lo tenga dentro de su catálogo, junto a otros dos compilados de crónicas del mismo autor: *La eterna parranda (crónicas 1997-2011)* y *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas*. Por otra parte, se registra cuando menos una monografía académica dedicada a *El oro y la oscuridad* (Rangel, 2021), además de infinidad de reseñas promocionales en las más variadas plataformas mediáticas colombianas.

Alberto Salcedo Ramos es un cronista de amplísimo prestigio en medios nacionales e internacionales, con reconocimientos tales como el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, el Premio Ortega y Gasset de Periodismo, el Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa, El Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, El Premio de la Cámara Colombiana del Libro al Mejor Libro de Periodismo del Año, etc. Varios de sus trabajos se han traducido a otras lenguas. Su especialidad son los relatos sobre personajes cotidianos, vulgares, irrelevantes, a los que dota con su escritura de atributos que aparentemente les son ajenos. Daniel Samper Ospina, en el prólogo a *El oro y la oscuridad*, describe a tales sujetos como “esos personajes ordinarios que él vuelve extraordinarios con su insuperable destreza para hacer del periodismo una experiencia literaria como pocas” (Salcedo Ramos, 2012, p. 13). Por cuanto a la escuela literaria o periodística a la que adscribe, puede decirse que Salcedo Ramos es un escritor similar a los estadounidenses Tom Wolfe y

Gay Talese que, hacia mediados del siglo pasado, establecieron el canon del periodismo literario, al que denominaron *New Journalism* o Nuevo Periodismo.

Dos aspectos ilustran el carácter *mainstream* (con perdón del anglicismo) del trabajo de Salcedo Ramos: uno, la buena prensa de que goza en medios de comunicación de primer orden, dentro y fuera de Colombia; dos, la promoción que de su obra hacen las instituciones del país (páginas estatales colombianas le brindan homenajes, e igualmente organizaciones como la Fundación Gabo de Periodismo). Si bien leemos en Salcedo Ramos a un autor que acude, para extraer material periodístico-literario, a sujetos ordinarios, periféricos, marginales, ajenos al poder, también es cierto que esos relatos circulan en canales administrados por corporaciones editoriales turbocapitalistas: *El oro y la oscuridad*, por ejemplo, lleva el sello de Aguilar, perteneciente a Prisa Ediciones. Suponemos que las sociedades del presente, que ven como modelos a las instituciones estadounidenses (y consideraremos al periodismo como una institución social), demandan de alguna manera contenidos periodísticos que “den voz” o “visibilicen” a la quizá no siempre pintoresca periferia social. Tal vez de esa manera se ensaye una domesticación de individuos y grupos a los que no les faltan razones para alterar un orden que los relega; y, en todo caso, mediante esas producciones dichos individuos, atractivos para amplios sectores del público, se convierten en material explotable editorialmente.

Concretamente, nuestro trabajo gira en torno la representación del héroe en el mundo contemporáneo, en específico del héroe deportivo, cuya gloria amplifican las plataformas periodísticas y políticas, en ocasiones hasta elevarlo al rango de *ídolo* o de *dios*. Antonio Cervantes, el boxeador colombiano que protagoniza la crónica de Salcedo Ramos, declaró en tiempos recientes que, para agradecerle sus triunfos, tendrían “que hacerle una estatua en todas las ciudades de Colombia” (Caracol Televisión, 2024, minuto 14:42). El boxeador

panameño Roberto Durán, mejor conocido por el apodo Mano e' Piedra Durán, dijo por su parte, convencido de su propia valía: “I am not God, but something very similar” (Giudice, 2006, p. 5). Quizá el endiosamiento del futbolista argentino Diego Armando Maradona es, dentro de esta clase de fenómenos sociales, el que mejor nos permite afirmar que distamos mucho de vivir en una época ajena a los mitos, supuesto el caso de que una época así sea alcanzable:

La deificación llegó a su grado máximo con el invento de la Iglesia maradoniana, una comunidad virtual con adeptos en Argentina, México y España, fundada en 1998 por Hernán Aráoz y Héctor Campomar con el objetivo de “mantener la pasión y la magia con que nuestro Dios juega al fútbol”. Celebran el 29 de octubre la nochebuena y el 30 la navidad maradoniana, y en esa oportunidad los oficiantes vestidos con los colores del seleccionado argentino elevan una pelota al cielo con la inscripción “Dios” y la firma de Maradona. Se hizo una versión del padrenuestro y del credo adecuada al nuevo dios y se instituyeron diez mandamientos. El primero dice: “Nuestra religión es el fútbol y como toda religión ha de tener a Dios (...) Nuestro Dios es argentino y se llama Diego Armando Maradona”. Otros mandamientos ordenan “defender los milagros de Diego en todo el universo”, y obliga a todos los fueles a agregarse Diego como segundo nombre y llamar así al hijo varón. (Sebreli, 2008, p. 166)

Es posible que, términos generales y no solamente aplicado al caso del argentino Maradona, la edificación del deportista triunfador tenga utilidad política, por cuanto tal deportista puede ser un elemento de cohesión de los nacionales de un país y también de exaltación de la nacionalidad. Los Estados en nuestro tiempo (y quizá en todos los tiempos) consideran ciudadanos honorarios a quienes, representando a su comunidad nacional, triunfan en las lides deportivas. En 2011, Su Majestad Juan Carlos I de España creó el

Marquesado del Bosque para concederle el título a Vicente del Bosque, entrenador de la selección española de fútbol que se había hecho con la copa mundial de la FIFA en 2010. Cabe acotar que lo mismo hizo el rey con Mario Vargas Llosa, I Marqués de Vargas Llosa desde 2011, título que recibió como reconocimiento de la corona al premio Nobel de Literatura que el escritor, ciudadano peruano-español, obtuvo en 2010. *Aristós*, el prefijo griego que significa “el mejor”, se aplica a esta clase de sujetos que han cosechado algún lauro o victoria frente a contendores extranjeros. Si bien la adoración a los héroes llega a extremos caricaturescos, parece haber un fundamento antropológico en el valor de fetiche (es decir, de cosa sagrada) que los grupos humanos dan a sus miembros descollantes. “Los símbolos de la mitología no son fabricados, no pueden encargarse, inventarse o suprimirse permanentemente. Son productos espontáneos de la psique y cada uno lleva dentro de sí mismo, intacta, la fuerza germinal de su fuente” (Campbell, 1959, p. 11).

Introducción

El objeto que aquí se estudia directamente es el personaje de Antonio Cervantes (nacido en 1945), mejor conocido en la historia del boxeo como Kid Pambelé, sobre quien Alberto Salcedo Ramos (2012) escribió la crónica ya mencionada con el título de *El oro en la oscuridad: la vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*. Allí Pambelé es “el mito”, “la leyenda” y “el héroe”, no solamente porque Salcedo Ramos así lo construya, sino porque el público, la industria deportiva, los medios de comunicación, la política y hasta la música popular del país describen a ese boxeador como un héroe patrio desde que resultó ganador, en 1972 y en 1977, de la categoría *welter junior* de la Asociación Mundial de Boxeo.

La mitificación de Pambelé puede rastrearse a través de lo que de él dicen algunas canciones populares de amplia difusión en el ámbito colombiano. Carlos Vives, por ejemplo, en 1997 compuso y grabó “Pambe”, un vallenato dedicado al boxeador, cuya letra reza como sigue: “Voy a contar una historia de un héroe que tengo / todos vivimos la euforia y aún queda el recuerdo. / En esos puños de hierro hay algo que es mío. / De todo lo que nos diste yo nunca me olvido” (Vives, 2020). Se observa aquí la identificación del cantante y de la comunidad (“sociedad nacional colombiana” o “pueblo colombiano”) con el boxeador que portaría algo que pertenece no solamente a él, sino al grupo nacional que representa: sus puños de hierro. Ya antes, en los años setenta, cuando Pambelé había perdido (si bien por momentos) su investidura como el mejor boxeador del mundo, el cantante Noel Petro atribuyó la derrota del deportista a una decisión amañada de los árbitros en “Atraco a Pambelé” (Petro, 2018); y en esta explicación musical de la derrota encontraríamos una certidumbre, o cuando menos un anhelo, de la invencibilidad del héroe: si él es invencible, entonces nosotros somos invencibles, ya que Pambelé somos nosotros. Por consiguiente: él

no perdió, sino que “le robaron la corona”. Otro célebre vallenatero colombiano, Diomedes Díaz (2022), emplea en “La sanguijuela”, canción de 1998, el nombre de Pambelé como antonomasia de la fuerza.

El género literario al que pertenece *El oro y la oscuridad*, la crónica periodístico-literaria, cuenta con una gran demanda en un presente como el nuestro y es una profundización del género periodístico anteriormente denominado como perfil (Callegari Mello, 2020; Darregandi & Diz, 2019; Moreno, 2016; Ortiz, 2016; López, 2010). En el contexto de la crónica periodística-literaria colombiana, Alberto Salcedo Ramos surge como uno de los principales exponentes del género y como una pluma que entremezcla lo que en su momento Norman Sims calificó como periodismo literario, un trabajo investigativo que surge a partir de la exploración de hechos o acontecimientos relevantes. Nos dice Vivaldi (1981), en un apartado de su libro *Géneros periodísticos*, que “la crónica se puede definir como una noticia interpretativa, valorada, comentada y enjuiciada” es decir, podemos entenderla como un género híbrido que navega constantemente entre lo informativo y lo literario” (p. 97).

Esta afirmación la encontraremos más desenmarañada en *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal* (Sims, 1996): “el periodismo y la ficción, asociada a literatura, son dos universos diferentes, pero hay producciones en las que se presenta un amplio escenario para indagar cómo pueden encontrarse la literatura y lo fáctico, en textos periodísticos que pueden tener valor estético” (p. 21). En la crónica dicho concepto del periodismo literario rompe las fronteras entre literatura y periodismo. Por ello, el trabajo periodístico-literario de Salcedo Ramos se fundamenta en una *inmersión*, que convierte al escritor no simplemente en un testigo de la gloria del héroe, sino como un sufriente de su tragedia en el más literal de los sentidos: Salcedo Ramos, durante la inmersión periodística

necesaria para la escritura de *El oro y la oscuridad*, terminó golpeado por el excampeón mundial, cuando lo acometió una de sus crisis psiquiátricas.

El hecho de ser Pambelé un héroe para la sociedad de la que proviene autoriza que lo estudiemos a la luz de los trabajos de mitología de Joseph Campbell (1959), en los que analiza el proceso que sigue el héroe para constituirse como tal. El mito o la leyenda de Pambelé, el colombiano de origen popular que alcanza la celebridad y la riqueza puede describirse según el modelo de los “mitemas”, que son los tramos del “camino del héroe”:

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. (Campbell, 1959, p. 35)

También vemos que la vida de Pambelé, según Salcedo Ramos, es *gloriosa y trágica* por las características individuales de este héroe: “Porque por medio de nuestras victorias, si no sufrimos una regeneración, el trabajo de Némesis se lleva a cabo: la perdición nace del mismo huevo que nuestra virtud” (Campbell, 1959, p. 23). Aunque la perdición de Pambelé se relaciona, en la crónica de Salcedo Ramos, con la condición psiquiátrica, constitutiva de la personalidad del héroe, del “trastorno bipolar afectivo” (Salcedo Ramos, 2012, p. 60). La teoría del camino del héroe que aplicaremos a la obra *El oro y la oscuridad* está sustentada en el “monomito”, también conocido como mito o viaje (el poder del mito) y a los estudios que analizan la construcción y enfoque del carácter del héroe en los arquetipos de la migración de Jung (1970). El ascenso y caída de Pambelé pueden describirse efectivamente, concordando con los hechos, según el esquema campbelliano: “El camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de

iniciación: separación-iniciación-retorno, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito” (Campbell, 1959, p. 35).

El objetivo de adentrarnos en la obra de Salcedo Ramos es analizar desde la teoría del héroe su construcción en *El oro y la oscuridad*. Hay que destacar la fortaleza evolutiva de esta teoría en el registro histórico de la vida del excampeón colombiano, a partir de los aspectos volitivos más relevantes del personaje, aspectos de gran importancia para su surgimiento como figura y persona.

El proceso de investigación se constituye en XX momentos, correspondientes a los distintos capítulos del presente trabajo. En primer lugar, se estudia a Pambelé como héroe; en segundo lugar, se observan las particularidades de su construcción en cuanto mito; y en tercer lugar, se le escudriña a través de la crónica periodístico-literaria de Salcedo Ramos. Por último, en las conclusiones se mostrará que la crítica de mitos permite reconocer los significados que la colectividad ha asignado al héroe, en el marco de un mito que ella misma ha creado y que usa como relato cohesionador; mientras que la crónica periodístico-literaria, si bien acude al héroe mítico por el aura mágica que a él se le ha concedido, revela en el los aspectos humanos, incluso negativos moralmente, debido a los cuales el fulgor del mito se degrada como tragedia de la personalidad.

1. Pambelé, héroe

1.1. Pambelé y el boxeo en Colombia

En una época en que Colombia no estaba en la élite del deporte, la figura de Pambelé surgió para mitificar el boxeo colombiano. Pambelé fue el primer campeón mundial de boxeo que tuvo Colombia y uno de los mejores pesos welter junior de la historia. Su vida ha sido una mezcla de triunfos y fracasos, de gloria y miseria, de luces y sombras. Esa mezcla de momentos de lucidez y éxito con etapas complejas y destructivas hacen a Pambelé un personaje-tótem, un sujeto que representa a través de su momento más aclamado la cúspide de la victoria colombiana, para precipitarse luego en la miseria y la locura.

Nacido en San Basilio de Palenque, Bolívar, el 23 de diciembre de 1945, Antonio Cervantes Reyes creció en la pobreza y la marginación. Desde niño tuvo que trabajar como lustrabotas y vendedor ambulante para ayudar a su familia. A los 19 años empezó a boxear como aficionado y pronto pasó al profesionalismo. Pambelé, en el ámbito personal fue un hombre que salió de la extrema pobreza y alcanzó el éxito deportivo, ayudó a su pueblo, aquel que lo vio crecer y forjarse como un deportista de alto rendimiento. Colaboró con algunas obras civiles para ayudar al desarrollo infraestructural de la ciudad y con sus proezas en el ring se convirtió paulatinamente en una leyenda del deporte colombiano.

Su carrera despegó cuando emigró a Venezuela, donde encontró mejores oportunidades y entrenadores. Allí adoptó el apodo de Kid Pambelé, en honor a un boxeador

nicaragüense que había peleado en Colombia. Su estilo era agresivo y espectacular, basado en su potente pegada y su gran resistencia.

En 1972 logró su sueño de ser campeón mundial al derrotar por nocaut al panameño Alfonso Frazer en el décimo asalto. Fue el primer colombiano en conseguirlo y se convirtió en un ídolo nacional. Defendió su título en 16 ocasiones, enfrentando a rivales de gran nivel como Wilfred Benítez, a quien venció dos veces. Su reinado terminó en 1980 cuando perdió por nocaut técnico ante el estadounidense Aaron Pryor, considerado uno de los mejores de la época. Pambelé intentó recuperar el título en 1981 pero volvió a caer ante Pryor. Fue su última pelea como profesional.

Su récord final fue de 80 combates, con 67 victorias (37 por nocaut), 12 derrotas y un empate. Fue incluido en el Salón Internacional de la Fama del Boxeo en 1998. Sin embargo, la vida de Pambelé no fue solo éxito deportivo. También fue una vida marcada por los excesos, las adicciones y los problemas económicos. El campeón dilapidó su fortuna en drogas, alcohol, mujeres y fiestas. Su salud se deterioró y su imagen pública se desgastó.

Pambelé tocó fondo cuando fue detenido por robar una cadena de oro a una mujer en Cartagena. Fue condenado a tres años de prisión, pero logró salir antes por buena conducta. Ese episodio lo hizo reaccionar y buscar ayuda para superar sus vicios. Esta faceta del personaje deportivo que decae tras muchos años de éxito es el aspecto más enrevesado y seductor de la obra de Salcedo Ramos (2012), mostrar lo más humano del campeón colombiano. Y, entiéndase como humano los comportamientos, impulsos y deseos que entretejieron en su vida un desenlace antiheroico.

Desde entonces, Pambelé ha llevado una vida más tranquila y alejada de los escándalos. Ha recibido varios homenajes por su trayectoria deportiva y ha participado en algunas actividades sociales y culturales. Su historia se ha llevado al cine y a la televisión. Y en este caso, a la literatura a través de la pluma de Alberto Salcedo Ramos, quien nos presenta a Pambelé como un ejemplo de superación personal y de orgullo nacional. Su legado es inspirador para las nuevas generaciones de boxeadores colombianos que sueñan con seguir sus pasos.

Por otra parte, no es menor el hecho de que el deporte en que se contextualiza el trabajo de Salcedo (2012) sea el boxeo. El boxeo llegó a Colombia a finales del siglo XIX, de la mano de un hacendado cubano que instaló un gimnasio en su hacienda en Bolívar, y de un profesor universitario que abrió otro gimnasio en Cartagena con implementos traídos de Inglaterra. Pero no fue sino hasta la década de 1920 cuando el boxeo empezó a tomar fuerza en el país, con la realización de la primera velada profesional, la apertura de un moderno gimnasio y la creación de la Federación de Boxeo de Colombia.

El boxeo es un deporte que ha tenido una gran influencia en la historia, la cultura y la identidad de la Costa colombiana. Desde sus inicios a finales del siglo XIX, el boxeo ha sido una pasión y una forma de vida para muchos costeños, que han demostrado su talento y su coraje en el ring. El boxeo también ha sido una fuente de orgullo y reconocimiento para la región, que ha producido grandes campeones y glorias nacionales e internacionales. Además, el boxeo es una forma de expresión cultural e identitaria para los costeños, que tienen una larga tradición de practicar este deporte y de producir grandes campeones.

Desde el punto de vista social, ha sido un factor de integración y cohesión, quienes lo practican han encontrado en este deporte una forma de expresar su cultura e identidad. También se ha convertido un medio de ascenso social para muchos jóvenes de escasos

recursos, que han visto en el ring una oportunidad de superación y progreso. Pero también ha sido un vehículo de educación y formación para muchos; ha generado una gran afición y admiración entre los costeños, que han seguido con pasión y emoción las hazañas de sus ídolos locales. En el ámbito económico, el boxeo ha creado una industria alrededor de su práctica y difusión, que incluye gimnasios, entrenadores, promotores, patrocinadores, medios de comunicación, entre otros.

Por otra parte, ha atraído inversiones y turismo a la región, al ser sede de importantes eventos y peleas de nivel nacional e internacional. Gracias a las proezas de Pambelé y el legado deportivo que dejó luego de su título mundial, este deporte a nivel local sido un instrumento de reivindicación y visibilización para la Costa Colombiana. El boxeo ha sido una forma de protesta y resistencia frente a las injusticias y desigualdades que han afectado históricamente a la región hasta generar un sentimiento de pertenencia y orgullo que se han identificado con sus campeones como símbolos de su dignidad y su valor.

Este deporte ha tenido una trayectoria destacada, con varios hitos que han marcado la historia del boxeo nacional. En 1941, Guillermo Puerta se convirtió en el primer colombiano en disputar una pelea en Estados Unidos. En 1964 Bernardo Caballero disputó por primera vez un título mundial y, en 1972, Antonio Cervantes fue el primer campeón mundial. Después apareció otro grande del boxeo colombiano, Miguel “Happy” Lora, convirtiéndose en el primer campeón colombiano invicto.

Además de estos grandes campeones, el pugilismo colombiano ha contado con otros deportistas como Irene Pacheco, Yuberjen Martínez y Óscar Rivas, entre muchos otros. Estos boxeadores han representado al país con orgullo y decoro, y han obtenido significativos éxitos y medallas en diversos torneos.

Muchos de ellos podrían ser considerados héroes de la historia del boxeo nacional. Por su influencia, su temperamento, por aquello que algunos podrían llamar “duende”, Antonio Cervantes sobresale como el boxeador más trascendental en la historia del ring en Colombia.

En el caso de Pambelé, el boxeo y la idiosincrasia de Colombia se combinan perfectamente. No solo porque Pambelé provenga de un origen humilde y muestre, a pesar de sus deslices, una actitud entregada a su pueblo, sino porque de su temperamento brota un sentimiento patriótico al corearse a sí mismo campeón incluso muchos años después de dejar el ring. Y aunque en ciertos periodos de su vida haya sido derrotado por el vicio, el desconsuelo, la soledad a la que es sumido toda figura pública, Kid Pambelé fue también un antihéroe porque su vida fue una historia de contrastes y contradicciones, de grandeza y miseria, de heroísmo y anti-heroísmo, de “oro y oscuridad”.

1.2.Construcción del concepto héroe/antihéroe en la obra de Salcedo Ramos

Lo primero que debemos hacer es definir “héroe”, para establecer un mínimo de claridad en cuanto a nuestro referente. En *El héroe de las mil caras*, se echa de ver que el héroe es uno y solo uno, el cual cobra numerosos aspectos: son sus “mil caras”. Lo peculiar de cada héroe entonces es su apariencia y no su fondo, pues este sería el mismo en todas las sociedades y culturas. El héroe de Campbell es de tipo *monista*, lo que quiere decir que es una sustancia presente por igual en todos los grupos e individuos humanos, aunque no todos oigan o acaten el “llamado a la aventura”, que es el mitema con el que inicia el camino del héroe.

Varias de las definiciones que ofrece Campbell están escritas en estilo oracular: “El héroe es el hombre de la sumisión alcanzada por sí mismo” (Campbell, 1959, p. 22). “El héroe es el símbolo de esa divina imagen creadora y redentora que está escondida dentro de todos nosotros y sólo espera ser reconocida y restituida a la vida” (p. 43). “El héroe es un hombre superior, un rey nato” (p. 160). “El héroe es campeón de las cosas que son, no de las que han sido, porque el héroe *es*” (p. 222). “El héroe es aquel que, mientras vive, sabe y representa los llamados de la superconsciencia que a través de la creación es más o menos inconsciente” (p. 236). “El héroe es el campeón de la vida creadora” (p. 301). “El héroe es el portador de los cambios” (p. 313). Tienen en común estas definiciones un hecho, a saber, que el héroe es un individuo superior a los demás de su comunidad. Esta superioridad, reconocida por quienes no son héroes, se alcanza por medio de proezas, de hazañas, de victorias.

Los cuentos de hadas, las historias maravillosas, las epopeyas nacionales, etc. son las producciones orales o escritas en las que de preferencia se encuentra el héroe, como si esos fueran los géneros que le son propios a esta figura. La teoría de Campbell, sin embargo, no se limita a tales textos avalados por la tradición. El héroe de Campbell es una entidad antropológica y psíquica antes que literaria. La literatura recoge las hazañas del héroe para eternizarlas, para que sirvan de modelo a los venideros o para justificar acaso la tiranía del héroe (dado que el héroe puede perfectamente transformarse en un tirano); pero lo fundamental de esta teoría del héroe es que no confina a este último a las producciones literarias, sino que lo encuentra aún en los espacios más vulgares: “La última encarnación de Edipo, el continuado idilio de la Bella y la Bestia, estaban esta tarde en la esquina de la Calle 42 con la Quinta Avenida, esperando que cambiaran las luces del tránsito” (Campbell, 1959, p. 12).

En ocasión del estudio del boxeador colombiano elevado a la categoría de héroe, realizamos una revisión bibliográfica de obras periodísticas o biográficas que trataran de boxeadores. Y, en efecto, encontramos que varias de ellas se refieren al boxeador de que tratan como “rey”, como por ejemplo Talese (2008), en “Joe Louis, el rey en su madurez”; o como “héroe, en el texto de Cooper (1987), sobre el mismo boxeador: *Joe Louis: A Hero for All America*. Esto último se repite en el libro de Chris Mead (1986) titulado *Champion Joe Louis, Black Hero in White America*. La biografía de Mano e’ Piedra Durán escrita por Christian Giudice (2006) advierte desde el título sobre el carácter de leyenda que tiene el protagonista: *Hands of Stone: The Life and Legend of Roberto Durán*.

El concepto de héroe de Campbell se basa en la idea del *monomito* o el viaje del héroe, que es una estructura arquetípica que representa la aventura iniciática que transitan los buscadores, y que supone una revelación altamente trascendental respecto al descubrimiento de un nuevo ser interior. Campbell es un mitólogo que ha estudiado y descrito esta estructura en su libro *El héroe de las mil caras*.

En su tesis, Campbell (1959) explica que existe para el concepto de héroe un patrón primario dado en todas las historias del ser humano: es el periplo de un héroe que se dispone tras recibir un llamado a la aventura, a salir de su zona de confort, a atravesar el umbral de su mundo común y tradicional a un mundo extraordinario, donde descubre su objetivo como héroe, se consagra, disfruta de sus fuerzas, tiene aliados, pruebas físicas y emocionales que lo llevan a desarrollar y madurar su comportamiento hasta proclamarlo en la hazaña.

Campbell (1959) divide el viaje del héroe en tres secciones: la salida, la iniciación y el retorno, y dentro de cada sección identifica varias etapas o pasos, que suman un total de diecisiete. Sin embargo, no todos los mitos cumplen todas las etapas, sino que pueden variar

según el género y el estilo de la obra. Además, destaca que el viaje del héroe es una estructura que se caracteriza por su flexibilidad, capaz de transformar sin sacrificar su magia.

Campbell se inspiró en las obras de Jung, Frazer y otros estudiosos de la mitología y la religión comparada para elaborar su concepto de héroe. Su propósito era mostrar cómo los mitos reflejan las etapas del desarrollo psicológico y espiritual del ser humano y, cómo pueden servir como guía para nuestra propia búsqueda personal. Pero para comprender la naturaleza del héroe es necesario ahondar en sus contradicciones que suelen ser constantes y lo aguardan bajo el sendero de su camino, interpelan su espíritu y lo ponen a prueba mostrando facetas oscuras que atentan contra el círculo de evolución. Y cuando aquello recóndito y oscuro se interpone en su proceso de introspección surge su antítesis.

Un antihéroe es un personaje de ficción que tiene características contrarias o que no corresponden a las del héroe tradicional. El antihéroe puede realizar actos heroicos, pero con métodos, intenciones o motivos cuestionables. El antihéroe también puede carecer de las cualidades que se atribuyen a los héroes, como la valentía, la fuerza o la belleza.

Históricamente considerado, el antihéroe es el último de los tipos de héroe, según un esquema del teórico canadiense de la Nueva Crítica angloamericana Northrop Frye, tal como lo recoge Estébanez Calderón (2000) en la entrada correspondiente a “héroe” en su *Breve diccionario de términos literarios*:

Héroe. Es el protagonista de la “historia” en el relato épico-narrativo o en una obra dramática. G. W. F. Hegel y N. Frye han realizado sendas tipologías del héroe, que pueden complementarse. N. Frye (1957) distingue los siguientes tipos de héroe, que corresponden a otros tantos modelos de relato: un primer modelo es el de los relatos míticos, cuyo héroe es un dios; el segundo es el de los cuentos maravillosos, leyendas, relatos fantásticos, etc., en los que el protagonista es un ser superior a los hombres

que se mueve en un entorno de hadas, magos, personajes encantados, etc.; el tercer tipo correspondería al héroe de los poemas épicos de Homero y de la tragedia griega: es de sangre real, o de procedencia aristocrática, y de unos poderes y cualidades extraordinarios. Su conducta debe ser ejemplar, para que los espectadores, identificados con él, puedan ser alcanzados por la *catarsis*, provocada por un sentimiento de admiración hacia su grandeza de ánimo o de piedad por su desgracia. Este personaje lucha contra un destino aciago, ante el cual, fatalmente, acaba sucumbiendo: Edipo encarnaría este modelo, que, en la tipología de Hegel, se conoce como “héroe trágico”. Otro modelo de dicha tipología es el denominado “héroe dramático”, que es capaz de conciliar la fuerza de sus pasiones con el medio social en que se desenvuelve, con lo que evita su fracaso: p. e., el protagonista de *La vida es sueño*, Segismundo, que, después de una experiencia desafortunada, aprende, “desengañado”, que “obrar bien es lo que importa”, con lo que termina venciendo a “la inclemencia del hado”. En la literatura medieval aún subsisten modelos de héroe superior en los relatos caballerescos (el caballero noble o hijo de reyes: Valtario, p. e.) o hagiográficos (el santo), que responden al esquema de valores del estamento aristocrático y religioso, respectivamente. p. e., Lázaro de Tormes. (Estébanez Calderón, 2000, p. 237-238)

Los cuatro héroes de la tipología de Frye son: 1) el héroe dios; 2) el héroe como ser humano superior, debido a sus atributos mágicos, a los demás miembros de su comunidad; 3) el héroe como individuo superior, de origen aristocrático, que posee talentos especiales; y 4) el héroe como individuo normal, no superior a los otros integrantes del grupo. Podría decirse aún más: y es que Pambelé, como consecuencia de su degradación –del “oro” a la “oscuridad”– sufrió el desprecio de quienes antes lo admiraban, lo que podría servir de

fundamento a la afirmación de que nuestro héroe llegó a ser *inferior*, en términos morales, a los individuos de su comunidad. Salcedo Ramos manifiesta un evidente desagrado ante tal desprecio. Se ha implicado tanto con Pambelé que toma partido por él y sale en su defensa frente a lo que considera la estupidez de sus connacionales, quienes se mofan de una declaración perogrullesca (“es mejor ser rico que pobre”) que alguna vez hiciera el ídolo:

Las drogas y el licor le arrebataron la fuerza, la disciplina y la corona de campeón. Lo llevaron a humillar y a destrozar a su familia. Después le aniquilaron la vergüenza. Lo sometieron al escarnio público como sinónimo del bruto que destruye con la cabeza el imperio que edificó con los puños. Los colombianos, que antes lo veneraban, lo volvieron blanco de burlas. “¿En qué se parecen Pambelé y los dinosaurios?”, preguntaban. “En que fueron grandes en el pasado, pero hoy no existen”. Convertido ya en hazmerreír, pusieron en boca suya la frase “es mejor ser rico que pobre”, incluida con frecuencia en las antologías nacionales de la estupidez. Como si esa declaración, tan sensata, en medio de tantas tonterías que se repiten con énfasis en este país, no fuera casi una sentencia filosófica. (Salcedo Ramos, 2012, p. 27-28)

Si se adopta la perspectiva de Campbell, lo recién expresado no debería sorprender. “El complicado héroe del monomito es un personaje de cualidades extraordinarias. Frecuentemente es honrado por la sociedad a que pertenece, también con frecuencia es desconocido o despreciado” (Campbell, 1959, p. 41-42). Visto así, como objeto del desprecio de la comunidad, Pambelé se nos aparece con la cara del mártir: ¿será entonces, en su fase “oscura”, un asceta que sobrevive a la humillación? Ahora bien, analizando esta característica primaria que destaca los orígenes del héroe, se puede llegar a cuestionar su procedencia en el campeón colombiano. En Antonio Cervantes, su origen humilde y marginado lo alejaba

del ideal de héroe que se suele asociar a la nobleza o la riqueza. Pambelé creció en la pobreza y tuvo que trabajar desde niño para sobrevivir. No tuvo una educación formal ni una familia estable. Su estilo de boxeo era agresivo y espectacular, pero también deslucido y poco ortodoxo. Pambelé no era un boxeador técnico ni elegante, sino que se basaba en su potencia y resistencia. Su forma de pelear no siempre era bien vista por el público o los jueces.

Su personalidad era compleja y contradictoria: era carismático y generoso con su pueblo, pero también egoísta y despilfarrador con su dinero. Era un ídolo nacional, pero también un adicto a las drogas y al alcohol. Era un campeón mundial, pero también un ladrón convicto. Su destino fue trágico e irónico. Cervantes alcanzó la fama y la fortuna, pero las perdió por sus excesos y vicios. Su salud se deterioró y su imagen pública se desgastó. Con posterioridad a ese decaimiento, su carrera como boxeador terminó con dos derrotas humillantes ante un rival superior. Su legado fue reconocido, pero también cuestionado al punto de considerarse como un mal ejemplo por su comportamiento público en las calles de Cartagena y de todo el país.

Si bien Pambelé ayudó a que el término usado por Gossaín (1972) “casitriunfar” para hacer referencia a la participación de Colombia en diversos eventos internacionales en el ámbito cultural y el deportivo, se convirtiera por fin en el verbo ganar, también fue rechazado por la ciudadanía misma, que empezó a evidenciar en sus comportamientos y peleas, a medio día en las plazas principales y sus conflictos con la ley, una conducta antideportiva que disentía por completo de la imagen de ídolo que alzó al boxeo colombiano por lo alto años atrás.

Salcedo Ramos (2012) obtuvo el material anecdótico para su crónica sobre Pambelé de una inmersión (en el sentido periodístico) en la cotidianidad del excampeón entre principios del año 2004 y mediados de 2005. Estas fechas son internas a la narración. La

primera corresponde a la visita del cronista a la casa-finca de la familia del boxeador: “Son las tres de la tarde del seis de enero de 2004” (Salcedo Ramos, 2012, p. 33). La segunda fecha mencionada tiene significado ambiguo, puesto que podría referirse tanto a uno de los últimos encuentros de Salcedo Ramos y Pambelé como al tiempo de la escritura (es decir, el momento en que Salcedo Ramos escribió el “hoy” del fragmento en cuestión): “Desde entonces hasta hoy –viernes 3 de junio de 2005– no se ha pasado de la raya” (p. 151). El cronista calcula en dos años el trabajo de campo efectuado en función de esta crónica:

Después de dos años de trabajo, ya no sé cuántas veces he entrevistado a Pambelé. He desayunado, he almorzado y he cenado con él. Lo he visto en traje de paño y en bermuda, con zapatos de charol y con sandalias. Nos hemos encontrado en mi apartamento, en centros comerciales, en cafeterías y en parques. He caminado a su lado bajo el sol de Cartagena y bajo el gris plomizo de Bogotá. (p. 158)

Así, con la intención de entender y entretejer los complejos razonamientos de un héroe/antihéroe, Salcedo Ramos se sumerge en el pasado de Pambelé. Convive durante un par de años con él, participando en sus andanzas. También llega a cuestionarlo y a enfrentarlo. A través de su atención perspicaz, desenmaraña esas razones, –quizá implícitas– que se esconden en el alma de Pambelé. Aquí el autor advierte el espíritu que se interpela a sí mismo, que busca recuperar sus fibras, su condición de héroe, retornar a las fuerzas que emanó en el pasado.

2. Pambelé, mito

2.1.El camino del héroe y las tres etapas de Campbell en el mito de Pambelé

Extraemos de *El héroe de las mil caras* las siguientes definiciones: “El mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones culturales humanas” (Campbell, 1959, p. 11). “El mito es el sueño despersonalizado; tanto el mito como el sueño son simbólicos del mismo modo general que la dinámica de la psique” (p. 25). “La meta del mito es despejar la necesidad de esa ignorancia de la vida efectuando una reconciliación de la conciencia del individuo con la voluntad universal” (p. 218). “El mito es la revelación de una plenitud de silencio dentro y alrededor de cada átomo de existencia. El mito es la directiva de la mente y del corazón, por medio de figuras profundamente informadas y conduce al último misterio que llena y rodea todas las existencias” (p. 243). Prepondera en estos fragmentos la idea de lo trascendente en el sentido metafísico (el paso de lo terreno a un más allá, un “cosmos” con “inagotables energías”, la “voluntad universal”, la “plenitud de silencio”, el “último misterio”, etc.).

Toda esta aureola alrededor del mito, en el que está implícito lo sagrado, evidentemente choca con la divinización de un púgil vanidoso, manirroto e intemperante como Pambelé (para describirlo según el retrato que de él da Salcedo Ramos). Pero también es probable que la sociedad ponga en los campeones de boxeo unas expectativas que se ajustan al carácter moral degradado. Considérese que, en el mundo de las artes y la literatura, del período romántico en adelante, el héroe de dichos campos, es decir, el autor, compositor o artista genial es, también, un sujeto moralmente vil, drogadicto, enfermo mental. En estas mitificaciones parece funcionar un mecanismo según el cual la altura, la sublimidad o la calidad de la obra o de la victoria es inversamente proporcional a la moral del héroe.

El carácter *monista* de la mitología campbelliana queda expresado en el nombre que el mismo autor ha puesto a su objeto teórico: el monomito. El prefijo mono concuerda con su argumento de que todos los mitos son uno solo, o que el héroe es uno solo con mil caras diferentes. En extenso, el héroe es el autor de una proeza para la comunidad: el vencimiento de un dragón, la defensa ante un peligro, la erradicación de la peste, etc. En el esquema campbelliano, el héroe se constituye a lo largo de un proceso que denomina “la aventura del héroe”. Y esta aventura se divide en tres etapas: la partida, la iniciación y el regreso. A su vez, tales etapas contienen “mitemas”, que son acciones típicas, semejantes a las funciones que Vladimir Propp identificó en los relatos folklóricos. “Mitema” es la voz que Campbell ha acuñado con la terminación -ema, presente en fonema, morfema y otras unidades de la lingüística que remiten a la idea de “significado” (fonema es el sonido significante, morfemas son los componentes significantes interiores a las palabras). No todos los mitemas, o unidades narrativas mínimas del mito, tienen que darse en la aventura de un héroe concreto. Por ejemplo: en la etapa de la partida existe un mitema denominado “negativa al llamado”, el cual no siempre se presenta en la narración mítica.

Todas las descripciones del mito concuerdan en que el tiempo mítico no es el tiempo histórico. Las hazañas del héroe acontecen en épocas no fechadas, intemporales podríamos decir. Acontecen, pues, en “la noche de los tiempos”. ¿Cómo puede conciliarse esto con el hecho de que algunos sujetos humanos vivos, como nuestro Pambelé, se denominen héroes y su historia constituya un mito? Estébanez Calderón (2000) registra que las acepciones del mito, originalmente pertenecientes al ámbito religioso, se han secularizado, abarcando a artistas *pop* inclusive, lo que hace que nos preguntemos si esta secularización es también, para el mito, la pérdida de su gravedad o una banalización inevitable en épocas consumistas, democráticas, en todo caso antiheroicas:

Mito. Término de origen griego (*myths*: fábula) con el que se aludía a ciertos relatos primitivos cuya historia servía de fuente de inspiración a los poetas en sus cantos y a los autores dramáticos en la elaboración de sus tragedias. Para Aristóteles, el mito, entendido como el conjunto y “ordenación de los sucesos” de la historia dramatizada, constituye “lo supremo y casi el alma de la tragedia”. El mito aparece vinculado no sólo a las primeras creaciones literarias, sino también a la filosofía en sus inicios y, sobre todo, al marco ritual de las religiones primitivas. Es en este campo donde se descubre el sentido originario del mito, entendido como relato de una historia sagrada, de unos acontecimientos ocurridos en el comienzo de los tiempos, en los que participan seres divinos o héroes. Mitos son, pues, los relatos donde se cuentan las diversas irrupciones de lo sagrado en el mundo, irrupciones que provocan la aparición del cosmos o de ciertas realidades primordiales del mismo; la vida vegetal o humana, p. e., en los mitos cosmogónicos de creación del mundo, del hombre, o los de la fecundidad de la tierra. En la actualidad, el término “mito” presenta múltiples acepciones: se dice de personalidades relevantes convertidas en mito (García Lorca, los Beatles), de una realidad u objetivo utópicos (la “Edad de Oro”, el “progreso”), de una forma prelógica de pensamiento propia de los pueblos primitivos, etc. Por otra parte, el mito ha sido abordado desde diferentes disciplinas: la historia de las religiones, la antropología, el psicoanálisis, la filosofía y, por supuesto, la crítica literaria. (Estébanez Calderón, 2000, p. 323)

Podríamos agregar que el mito también ha sido abordado por el periodismo, y no precisamente para combatir el mito (supuesto el caso de que la finalidad del periodismo sea “derribar mitos”). Salcedo Ramos está al tanto de esto, a juzgar por un pasaje de su crónica. En su trabajo de inmersión, fue testigo de cómo a Pambelé lo explotaba un vendedor de

enciclopedias, el cual alimentaba el mito y la vanidad del excampeón para que este atrajese a los compradores mediante discursos estereotipados de regeneración moral, acompañados de la firma autógrafa del ídolo en los libros comprados:

–¿Usted no cree que ponerlo a firmar libros es seguirle dando tratamiento de campeón?

–Si a eso vamos, ¿dónde quedan los periodistas que le hacen reportajes? (Salcedo Ramos, 2012, p. 84)

Salcedo Ramos introduce ahí un argumento moral según el cual alimentar el mito de Pambelé es malo para el propio héroe, porque eso incrementa su vanidad, su egolatría, que es una de las causas de su perdición. Quien alimenta el mito sería entonces el vendedor de libros, quien devuelve al periodista su propia protesta: los reportajes o la explotación mediática del mito, tanto en su aspecto glorioso (“el oro”) como en su aspecto miserable (“la oscuridad”), también son malos, porque hacen que resuenen sus hazañas y que se acreciente su celebridad. El héroe contemporáneo a nosotros, que vivimos en el tiempo histórico, tiene en estas resonancias de su gloria y su tragedia, amplificadas por los medios, el peligro de convertirse en Narciso. Pambelé no responde ciertas preguntas de Salcedo Ramos; incluso se tiene la impresión de que en ocasiones ni siquiera lo escucha. Está enamorado de sí mismo, del que una vez fue. El ejemplo más palmario de esto está en una de las entrevistas finales, en un café de Cartagena donde se habían citado el héroe y su cronista:

Me le acerco por la espalda, aprovechando su descuido, y entonces descubro que el trozo de papel está todo borroneado con las mismas dos palabras repetidas hasta el delirio:

Kid Pambelé

Kid Pambelé

Kid Pambelé

Kid Pambelé

Kid Pambelé

Kid Pambelé

(...) (Salcedo Ramos, 2012, p. 149)

Roland Barthes, que entendió que los productos de la sociedad de consumo eran objetos mitológicos, redujo el mito a mero lenguaje, como solían hacer, con cualquier objeto de estudio, los semiólogos estructuralistas franceses de mediados del siglo pasado. “¿Qué es un mito en la actualidad? Daré una primera respuesta muy simple, que coincide plenamente con su etimología: *el mito es un habla*” (Barthes, 2002, p. 199). Si adoptáramos la perspectiva del autor francés, tendríamos que decir que Pambelé es un mito por el habla que se refiere a él, abstrayendo los hechos extraverbales debido a los cuales Pambelé es un mito (por ejemplo, sus nocautes, los cuales, si bien están envueltos en múltiples discursos, no son, en su contundencia, hechos verbales). Incluso la interioridad de Pambelé, eso que escudriña Salcedo Ramos, sería también un habla, una realidad puramente discursiva: sería el sintagma “trastorno bipolar afectivo” que el psiquiatra del héroe diagnostica, conforme a los tecnicismos de su disciplina profesional.

Desde la perspectiva campbelliana, este hecho, la enfermedad mental, no tiene una ontología meramente semiótica. Hay, en efecto, un signo, una cadena de palabras, “trastorno bipolar afectivo”, para designar aquello que ocurre bajo la piel de Pambelé y que se observa en su comportamiento; pero esa realidad es algo extralingüístico, una realidad biológica, psicológica, “espiritual”. Y, todavía más, en ese aspecto del héroe, en faz “oscura”, “trágica”, está la modernidad de su heroísmo, pues el héroe moderno es, para Campbell, un desesperado:

El héroe moderno, el individuo moderno que se atreva a escuchar la llamada y a buscar la mansión de esa presencia con quien ha de reconciliarse todo nuestro destino, no puede y no debe esperar a que su comunidad renuncie a su lastre de orgullo, de temores, de avaricia racionalizada y de malentendidos santificados (...) No es la sociedad la que habrá de guiar y salvar al héroe creador, sino todo lo contrario. Y así cada uno de nosotros comparte la prueba suprema –lleva la cruz del redentor–; no en los brillantes momentos de las grandes victorias de su tribu, sino en los silencios de su desesperación personal. (Campbell, 1959, p. 345)

2.1.1. Partida

Nelson Aquiles Arrieta, quien ayudó a surgir a Pambelé, cumple un papel fundamental en la vida de este último. Tras descubrirlo, lo separa de los hábitos y el humilde trabajo de vendedor de cigarrillos para hacerlo partícipe de las jornadas de entreno. El primer mitema del monomito, “llamada a la aventura”, en la etapa de la partida habla de algo fuera de lo cotidiano. “Una ligereza –aparentemente accidental– revela un mundo insospechado y el individuo queda expuesto a una relación con poderes que no se entienden correctamente” (Campbell, 1959, p. 53). Salcedo Ramos da testimonio y cuenta como ocurrió:

El empresario cartagenero Nelson Aquiles Arrieta recuerda con nitidez la imagen del muchacho. Llegó una mañana de 1963 a su oficina con una bolsa de cigarrillos de contrabando debajo de la axila derecha y un cajón de lustrar zapatos en la mano izquierda. Fiel a su costumbre, Arrieta lo examinó de pies a cabeza en el primer vistazo. Lo midió al ojo, le calculó el peso. Su olfato de tiburón se excitó en el acto, reconoció en aquel intruso de extremidades largas y aceradas al campeón soñado. Era magro como una anguila, pero sólido como una roca. Daba la impresión de que en la

misma noche podía bailar una tanda de *mapalé* y pelear contra cinco tipos. El visitante fue al grano sin preámbulos: dijo que se llamaba Antonio Cervantes Reyes, que había nacido en Palenque de San Basilio el 23 de diciembre de 1945 y que quería una oportunidad como boxeador. (Salcedo Ramos, 2012, p. 67)

Leemos en Campbell:

Ya sea sueño o mito, hay en estas aventuras una atmosfera de irresistible fascinación en la figura que aparece repentinamente como un guía, para marcar un nuevo periodo, una nueva etapa en la biografía del héroe. Aquello que debe enfrentarse y que es de alguna manera profundamente familiar al inconsciente –aunque a la personalidad consciente sea desconocido, sorprendente y hasta aterrador –se da a conocer, y lo que anteriormente estaba lleno de significados se vuelve extrañamente vacío de valores (Campbell, 1958, p. 58)

De esta manera, la vida del legendario boxeador Kid Pambelé se entrelaza de manera fascinante con el mitema del "llamado a la aventura" propuesto por Joseph Campbell. Este mitema, presente en numerosas narrativas heroicas, describe el momento en que el héroe es convocado a dejar su vida ordinaria y emprender un viaje extraordinario hacia lo desconocido, enfrentando desafíos y transformándose en el proceso. En el caso de Kid Pambelé, este llamado se manifiesta claramente en su decisión de convertirse en boxeador, un camino que lo llevaría desde las calles polvorientas de Palenque de San Basilio hasta los cuadriláteros más prestigiosos del mundo.

El relato de su primer encuentro con el empresario Nelson Aquiles Arrieta evoca perfectamente la esencia del llamado a la aventura. La imagen de un joven Cervantes llegando a la oficina de Arrieta con una bolsa de cigarrillos de contrabando y un cajón de lustrar zapatos simboliza su vida cotidiana, marcada por la lucha y la supervivencia en un

entorno adverso. Sin embargo, detrás de esa apariencia modesta y callejera, Arrieta reconoce el potencial del joven boxeador. La descripción de Cervantes como alguien “magro como una anguila, pero sólido como una roca” sugiere una dualidad intrigante: la agilidad y la fuerza, cualidades que lo convertirían en un rival temible en el ring.

Al revelar su deseo de convertirse en boxeador, Cervantes responde al llamado a la aventura con determinación y valentía. Su origen humilde en Palenque de San Basilio, una comunidad afrodescendiente en Colombia, no fue un obstáculo para perseguir su sueño de grandeza en el mundo del boxeo. Este llamado a la aventura implica no solo un viaje físico hacia nuevos horizontes, sino también un viaje interno de autodescubrimiento y superación personal.

A medida que Kid Pambelé avanza en su carrera como boxeador, enfrenta una serie de desafíos que ponen a prueba su fuerza, resistencia y habilidades técnicas. Desde sus primeras peleas en los circuitos locales hasta sus enfrentamientos épicos contra campeones mundiales, como Alfonso "Peppermint" Frazer, Pambelé demuestra una y otra vez su capacidad para superar obstáculos y triunfar contra todo pronóstico. Su ascenso meteórico hacia la cima del boxeo mundial refleja el arquetipo del héroe que emerge victorioso de las pruebas y tribulaciones que encuentra en su camino.

Sin embargo, el viaje de Kid Pambelé también está marcado por momentos de adversidad y sacrificio. Las lesiones, las derrotas y los conflictos personales amenazan con desviar su camino, pero su determinación inquebrantable y su espíritu indomable lo impulsan a seguir adelante. En cada desafío, Pambelé encuentra una oportunidad para crecer y aprender, transformándose no solo como boxeador, sino también como ser humano.

Al igual que en las narrativas heroicas clásicas, el viaje de Kid Pambelé está imbuido de significado y trascendencia. Su historia trasciende las fronteras del deporte para

convertirse en un símbolo de perseverancia, determinación y orgullo para su pueblo y para todos aquellos que sueñan con alcanzar la grandeza a pesar de las adversidades. A través del mitema del "llamado a la aventura", la biografía de Kid Pambelé se eleva a la categoría de epopeya moderna, inspirando a generaciones futuras a seguir sus pasos y perseguir sus propios sueños con pasión y coraje.

2.1.2. *Iniciación*

Pambelé durante este proceso conoció a varias amistades que, en palabras de Carlina Orozco, su esposa, fueron los causantes de su caída: “Antonio es de mala cabeza, pero él no se desgració solo. ¡Bastante que lo aprovecharon cuando estaba arriba! ¿Usted cree que nosotros no sabemos quiénes fueron?” (Salcedo Ramos, 2012, p. 41). Esta suposición de la mujer de Pambelé da pie a posteriores intervenciones del cronista: “Jamás deja escapar una palabra que lo comprometa. No dice, por ejemplo, quiénes fueron esos cartageneros de clase alta que, en las fiestas de Bocagrande, le enseñaron a esnifar cocaína” (p. 80). Miguel Gómez, el vendedor de enciclopedias, confirmó la hipótesis de Carlina Orozco: “Gracias a algunos de sus nuevos amigos ricos (...) Pambelé probó la cocaína” (p. 84).

Así pues, en esta etapa del recorrido heroico, Pambelé probó la droga, el veneno que lo malogró. De este período datan desenfrenos y excesos que lo degradaron física y moralmente, y lo hicieron irreconocible ante quienes en sus mejores años lo habían distinguido como un caballero.

Y así sucede que si alguien, en cualquier sociedad, escoge para sí la peligrosa jornada a la oscuridad y desciende, intencionalmente o no, a las torcidas curvas de su propio laberinto espiritual, pronto se encuentra en un paisaje de figuras simbólicas

(cualquiera de ellas puede tragarlo), que es no menos maravilloso que el salvaje mundo siberiano del *pudak* y las montañas sagradas. (Campbell, 1958, p. 97)

Esta etapa de la iniciación muestra a Pambelé en todo su esplendor, pero también lo enfrenta contra las exuberancias y los hábitos corrosivos que se irán transformando en su día a día.

Como parte del mitema llamado “camino de las pruebas”, el cual pertenece a la etapa de iniciación, Pambelé tuvo que atravesar un período muy difícil en el Hospital de San Pablo. Internado y devastado con tan solo 49 años, era tan solo sombra de lo que un día representó su nombre.

No cabe la menor duda de que los peligros psicológicos, a través de los cuales eran guiadas las generaciones anteriores por medio de símbolos y ejercicios espirituales de su herencia mitológica y religiosa, ahora (si no somos creyentes o, si lo somos, en la medida en que nuestras creencias heredadas no representan los problemas reales de la vida contemporánea) debemos enfrentarlos solos, o en el mejor de los casos con una tentativa, *impromptu*, y a menudo sin una guía efectiva” (Campbell, 1959, p. 100)

En medio de su trance espiritual y físico, Pambelé debe hacerle frente a la zozobra de su recuerdo, sin la compañía de sus amistades que en algún momento lo forjaron como campeón, pero que también lo llevaron por medio del buen hábito que produce la victoria, a la demasía y el exceso.

Cristian Ayola, su médico de cabecera, tras ver lo expuesto que estaba su dolor a los medios decidió llevarlo al Hospital Psiquiátrico de La Habana, Cuba. Este aspecto jugó un papel fundamental porque reflejó la prueba psicológica y física para Cervantes. El aspecto físico era cadavérico, pero también su espíritu se encontraba en desgracia.

La prueba es una profundización del problema del primer umbral y la pregunta está todavía en tela de juicio: ¿Puede el ego exponerse a la muerte? Porque muchas cabezas tienen esta Hidra que nos rodea; si se corta una, aparecen dos más, a menos que un cáustico adecuado se aplique a la parte mutilada. La partida original a la tierra de las pruebas representa solamente el principio del sendero largo y verdaderamente peligroso de las conquistas iniciadoras y los momentos de iluminación. (Campbell, 1959, p. 104)

Pamblé tendrá que luchar contra esa Hidra, esa multiplicidad de inconvenientes que se empiezan a dibujar, además de mostrar claros síntomas de depresión. Los medios de comunicación, por su parte, convirtieron su viacrucis en un espectáculo periodístico. Andrés Pastrana, buscando la propaganda que representaba una foto de portada con el campeón, visitó espectacularmente a Cervantes, colocándolo en el ojo de los medios.

En el mitema llamado “tentación”, el tercero de la segunda etapa del camino del héroe, podemos ver cómo Pamblé perdió toda su fortuna, como consecuencia del consumo de drogas, así como de los excesos tras alejarse del gremio del boxeo. Según los cálculos de allegados y periodistas como Eugenio Baena, sus pérdidas fueron superiores al millón y medio de dólares. Esta caída del héroe sin duda fue lo más cercano que tuvo Pamblé a abandonar su camino.

Durante esta segunda etapa Pamblé tuvo momentos de flaqueza. Sumido en el consumo de alucinógenos y en el alcohol, volvía a casa transformado a cualquier hora del anochecer. Carlina, su mujer para aquel entonces, lo describía como un monstruo desbocado, quien, tras destrozar todo, tomaba unos segundos de aire se sentaba y desconsolado, como si también se hubiese destrozado por dentro, se echaba a llorar como un niño.

En esta etapa de su vida Pambelé, tras recuperar la corona de las ciento cuarenta libras, empezó su segundo reinado como el campeón mundial. Esta etapa lo llevaría a viajar y conocer lugares como Botswana, Tailandia y Corea del Sur.

Como el Buddha mismo, este ser divino es el modelo del estado divino al que llega el héroe humano que ha atravesado los últimos terrores de la ignorancia. “Cuando la envoltura de la conciencia ha sido aniquilada, se libera de todo temor, queda fuera del alcance de todo cambio” Esta es la liberación potencial que está dentro de cada uno de nosotros y cualquiera puede obtener a través del heroísmo” (Campbell, 1959, p. 140)

Pambelé tras haber tenido una primera etapa en la que perdió el título a causa de los malos hábitos, compañías y decisiones, finalmente volvió a brillar como el campeón que fue. En 1977 recuperó su estatus en el boxeo.

En esta etapa también se cumplirá el mitema la “gracia oculta”, ya que Pambelé logró recuperar su título y renombre sin mayor complicación. Tras recuperar su estado físico y tras derrotar por nocaut al argentino Carlos María Jiménez, se mostró como un hombre superior, un héroe que retoma su corona.

La facilidad con que esta aventura se lleva a cabo significa que el héroe es un hombre superior, un rey nato. Esa facilidad distingue numerosos cuentos de hadas y leyendas de los dioses encarnados. Donde el héroe común habría de afrontar una prueba, el elegido no encuentra obstáculo que lo retrase ni comete error alguno. (Campbell, 1958, p. 160)

En la etapa de iniciación, en resumen, se presentan los mitemas “llamado a la aventura”, “camino de las pruebas”, “tentación” y “gracia oculta”. El camino de las pruebas es una etapa crucial en el viaje del héroe, donde se enfrenta a desafíos y obstáculos que ponen

a prueba su voluntad y determinación. Pambelé, nacido en una familia humilde en Colombia, enfrentó innumerables dificultades desde su infancia. Su camino hacia la grandeza en el boxeo estuvo marcado por la pobreza, la violencia y las limitaciones sociales. Sin embargo, a través de una combinación de talento natural y tenacidad inquebrantable, Pambelé superó estas adversidades y se abrió paso en el mundo del boxeo profesional.

La etapa de iniciación es donde el héroe se sumerge completamente en su viaje, enfrentando pruebas que lo transforman y lo preparan para su destino. Para Pambelé, la iniciación llegó en forma de enfrentamientos épicos en el ring. Sus peleas con figuras legendarias del boxeo como Nicolino Locche y José “Pipino” Cuevas no solo lo pusieron a prueba físicamente, sino que también forjaron su carácter y determinación. Cada pelea fue un paso en su iniciación, llevándolo más cerca de la grandeza mientras luchaba contra oponentes formidables y sus propios miedos internos.

Sin embargo, la gracia oculta, un elemento clave en el viaje del héroe según Campbell, también jugó un papel importante en la historia de Pambelé. A medida que alcanzaba la cima de su carrera, la fama y el éxito comenzaron a cobrar su precio. Las tentaciones de la riqueza y el reconocimiento lo llevaron por un camino oscuro de adicciones y excesos. La misma determinación que lo llevó a la cima del boxeo ahora lo empujaba hacia abajo, hacia la autodestrucción. La gracia oculta se manifestó en los momentos de crisis, cuando Pambelé tocó fondo y encontró la fuerza para buscar ayuda y redención.

La caída de Kid Pambelé es un recordatorio poderoso de los peligros del éxito sin una base sólida de valores y autocontrol. Su historia encapsula los elementos universales del viaje del héroe, desde las pruebas iniciales hasta la iniciación y la búsqueda de la gracia oculta. A través de su ascenso y caída, Pambelé nos recuerda que el verdadero heroísmo no reside solo

en la victoria en el ring, sino en la capacidad de enfrentar nuestras propias debilidades y encontrar la fuerza para levantarnos una vez más.

2.1.3. *Regreso*

En 1983 Pambelé enfrentó su último combate, el cual se llevó a cabo contra Danny Sánchez. Entonces nuestro héroe fue derrotado, según decisión del jurado. Fue la última aparición de Pambelé como profesional. A raíz de esta derrota y, liberado de todo compromiso disciplinario y moral con su carrera, cayó definitivamente en las drogas y el alcohol. Por sí solo gastó la fortuna que cosechó durante varios años. Se negaba a la idea de retornar a la normalidad de su vida, pero también a la dignificación que implicaba ser un excampeón retirado.

Pudiera ser que el héroe necesitara ser asistido por el mundo exterior al regreso de su aventura sobrenatural. En otras palabras, pudiera darse el caso de que el mundo tuviera que venir y rescatarlo. Porque la felicidad de las moradas profundas no ha de ser abandonada con ligereza, en favor de la dispersión del yo que priva en el individuo cuando está despierto. “Quién que haya abandonado el mundo –leemos— desearía regresar de nuevo? Él solo quiere estar allá”. (Campbell, 1958, p. 190)

En esta tercera etapa se reconoce el mitema “rescate del mundo exterior”. Los médicos, familia, e incluso algunos personajes con que llegó a combatir son aquellos que intenta rescatar a Pambelé de ese averno en el que ha extraviado su consciencia mientras intenta convencerse a sí mismo que aún es campeón mundial.

Pambelé es sometido a procesos de rehabilitación médica y mental para recuperar la cordura del excampeón y así controlar sus deseos de consumo de licor, drogas y la violencia desmedida con que arremetía contra cualquiera que estuviera cerca de él, incluso su familia,

al perder el juicio. Durante años estuvo recluido en psiquiátricos de Cartagena y después, en La Habana, Cuba.

El campo de batalla es simbólico del campo de la vida, donde cada criatura vive de la muerte de otra. El car en la cuenta de la inevitable culpa de vivir puede enfermar el corazón de tal modo que, como Hamlet o como Arjuna, el individuo puede rehusarse a seguir. Por otra parte, como casi todos nosotros, el individuo puede inventar una falsa y finalmente injustificada imagen de sí mismo como un fenómeno excepcional en el mundo, no culpable como los otros, sino justificado de sus inevitables pecados porque representa el bien. Esa rectitud del yo lleva al mal entendimiento, no sólo de uno mismo, sino de la naturaleza del hombre y del cosmos. (Campbell, 1958, p. 218)

Durante este periodo de tiempo Pambelé se rehúsa a reconocerse como parte de la realidad misma y ha creado esa falsa imagen de campeón vigente. Cae en desvaríos de tiempo y espacio al charlar con Salcedo Ramos. Y tras cada arranque de furia, que sufre en su habitación del sanatorio, empieza a llorar desconsoladamente como si la vida misma aquejara su corazón y su espíritu.

En 1998 Pambelé fue incluido en el Salón de la Fama del Boxeo. Debido a su espléndida trayectoria como profesional fue objeto de toda una serie de reconocimientos. En 1999, el periódico El Tiempo lo eligió como el mejor deportista colombiano del siglo XX. En 2000, la Federación Colombiana de Boxeo lo nombró como el mejor boxeador del siglo XX.

Así como una persona se desprende de sus ropas viejas y se pone otras nuevas, así el Yo encarnado se desprende de sus cuerpos viejos y entra en otros que son nuevos. Las armas no lo hieren; el fuego no lo quema; el agua no lo moja; el viento no lo marchita. Este Yo no puede ser herido, ni quemado, ni mojado, ni marchitado. Es

eterno, lo penetra todo, no cambia, es inmóvil, el Yo es el mismo para siempre”
(Campbell, 1958, p. 218)

El recorrido del héroe que es Kid Pambelé ofrece una narrativa rica y compleja en la que se reconoce el mitema “rescate del mundo exterior”. A lo largo de su carrera, Pambelé fue indudablemente rescatado y elevado al estrellato por las instituciones deportivas de su país, pero este rescate no necesariamente resultó en una regeneración moral para el boxeador.

Se ha visto cómo, desde sus humildes comienzos en la ciudad costera de San Basilio de Palenque, Pambelé emergió como una figura destacada en el mundo del boxeo colombiano en la década de 1970. Fue a través del respaldo de instituciones deportivas y entrenadores que Pambelé recibió la oportunidad de desarrollar su talento y alcanzar su máximo potencial como boxeador profesional. El apoyo financiero, la capacitación y la promoción proporcionados por estas instituciones jugaron un papel fundamental en su ascenso meteórico en el mundo del boxeo.

Sin embargo, a pesar de este rescate del mundo exterior, la regeneración moral de Pambelé fue un proceso más complicado. A medida que ganaba fama y fortuna, Pambelé se vio expuesto a las tentaciones y los vicios asociados con el estilo de vida de una estrella del deporte. El dinero, la fama y la adoración de los fanáticos no fueron suficientes para llenar el vacío en su vida, y pronto cayó en una espiral de excesos y adicciones.

El “rescate del mundo exterior”, en forma de éxito deportivo y reconocimiento público, no fue suficiente para contrarrestar los demonios internos de Pambelé. A pesar de haber sido elevado a la cima del mundo del boxeo, luchó con problemas personales y morales que lo persiguieron a lo largo de su vida. Su historia es un recordatorio impactante de que el éxito externo no siempre se traduce en una transformación interna.

La vida de Kid Pambelé ilustra la complejidad del mitema del rescate del mundo exterior. Si bien las instituciones deportivas de Colombia jugaron un papel crucial en su ascenso al estrellato, el verdadero desafío residía en su capacidad para enfrentar sus propios demonios y encontrar redención dentro de sí mismo. En última instancia, la historia de Kid Pambelé es un recordatorio de que el verdadero rescate y regeneración deben venir desde adentro, a través del autoexamen, la autoconciencia y el compromiso con la mejora personal.

Tras los reconocimientos que logra Pambelé su nombre se immortaliza y, más allá de sus tratamientos psiquiátricos, su seudónimo alcanza la eternidad en la historia del boxeo colombiano y mundial. En aquellas hojas de oro donde no se apacigua su dolor y desazón con la vida, sino aquella mística figura de boxeador y campeón, se reescribe con una pluma más noble y condescendiente con los errores del excampeón, su nombre deportivo para la eternidad: “Kid Pambelé”.

2.2.El héroe situado en otros héroes

La concepción de héroe que hemos detectado en el ciclo de vida de Pambelé y en la concepción de Campbell (1959) nos permite identificar por medio de otras lecturas esa figura que ha sido recurrente en obras cercanas al periodismo literario. La intertextualidad de *El oro y la oscuridad* con la obra de Gay Talese la señala ya Daniel Samper Ospina, prologuista de la crónica de Salcedo Ramos. En historias como “La temporada silenciosa de un héroe” o “Fama y oscuridad” de Talese, se conserva en el héroe ese espíritu jovial que lo aventura a su camino. La teoría de “la mediana edad” de Talese se hace recurrente en las obras mencionadas, al igual que en la vida de Cervantes, un período de tiempo donde el personaje heroico replantea el esquema de su vida, sus limitaciones, el ahora que se presenta ante él y se distancia de lo que era pública y socialmente.

Tanto DiMaggio como Joe Louis se acercan a la estructura de Cervantes, se apartan de la figura distintiva que los define como íconos y asumen distancia de lo que representaron en su momento de apogeo. Sin embargo, hay rasgos que nos hacen saber de la connotación cultural e histórica que simbolizaron como lo podemos observar en el fragmento de La temporada silenciosa de un héroe:

Al otro lado del retrato de la sala, en la mesa de centro enfrente del sofá, hay un humidificador de plata que le obsequiaron sus compañeros de los Yankees por los días en que era el hombre más célebre de toda Norteamérica, cuando la orquesta de Les Brown grabó un hit que sonaba día y noche en la radio: De costa a costa, sólo se oye hablar. De Joe, el hombre espectáculo. Él glorificó la pelota de cuero de caballo, El electrizante Joe DiMaggio... Joe, Joe DiMaggio, te queremos de nuestro lado. (Talese, 2008, p. 117)

En la referencia que nos entrega Talese podemos advertir la influencia que tuvo en la cultura norteamericana el surgimiento de una figura como DiMaggio. Un héroe en el campo deportivo que mitificó la posición de jardinero central de los Yankees durante muchos años. Pero, sin duda alguna, lo que lo hace coexistir con la imagen ambivalente que también se manifiesta en Pambelé, fue su vida privada: sus problemas con el alcohol y las constantes discusiones y peleas con su esposa en aquella época, Marilyn Monroe, todo esto en contraste con su vida pública enteramente exitosa, con el aspecto “áureo” de su biografía.

Esto se verifica también en “Fama y oscuridad” de Gay Talese. En esta obra, Talese escribe crónicas sobre diversos personajes icónicos de Estados Unidos: deportistas como Mohammad Alí o Joe Louis trasfiguran su imagen más allá del deporte que practican. Provenientes de contextos desfavorables y vulnerables, comparten también sus raíces humildes con Pambelé.

En el caso de Joe Louis, tuvo un impacto relevante adentro y fuera del ring. Se transformó en un héroe y orgullo nacional principalmente por la comunidad afrodescendiente, todo ello debido a la profunda crisis y división que sufría Estados Unidos en cuestiones raciales. Joe Louis, al igual que Antonio Cervantes, nace y surge en un contexto de pobreza, se elevó a la cima del mundo del boxeo como el púgil colombiano. A mediados de 1938, Louis venció al alemán Max Schumeling, lo que llegó a simbolizar un golpe contra la ideología nacionalsocialista por aquel entonces oficial en Alemania.

Su éxito desafió los estereotipos y demostró que la excelencia y el heroísmo no conocen color de piel. Después de retirarse del boxeo, Louis enfrentó desafíos financieros y personales, pero su legado como campeón perdura. Es recordado no solo por sus logros deportivos, sino también por su carácter y su contribución. Hazañas similares a las contribuciones de Pambelé para con San Basilio de Palenque cuando también fue contemplado y admirado como un héroe nacional. Tal imagen heroica y mítica es la que recogen las piezas de música popular de Carlos Vives (2020), Noel Petro (2018) y Diomedes Díaz (2022).

2.3.El mito de Pambelé como acervo de su comunidad

La figura onírica del sueño y del mito primario que parte de la necesidad de evolución y aventura en el hombre es la fuerza que en la vida de Pambelé lo lleva al éxito. El hambre de gloria que se dibuja en él cuando estaba sobre el cuadrilátero permite que su vida sea un patrón importante del círculo de Campbell. Sus momentos de flaqueza, consumo, tristeza y excesos, son también el sostén que ayuda a ubicarlo como un tótem social que llega representar más allá de su vida, la vida soñada del héroe u hombre del común. Aquel que

habita el mundo ordinario anhela salir de su estado apacible hacia el furor y el reto que trae la aventura de hacerse inmortal.

Pambelé fue un símbolo de la cultura e identidad costeña, al expresar su alegría, su valentía y su pasión en el ring. En cuanto arquetipo, se presta a la descripción según el círculo de mitemas de Campbell (1959), ya que proviene de un mundo ordinario y común donde no era considerado un ícono nacional. Pero, a través de su tenacidad y disciplina, Pambelé construyó su camino hacia la fama y fue un referente para las generaciones posteriores de boxeadores colombianos, que lo reconocen como una inspiración y una leyenda. Así es, por lo menos, su imagen heroica y mítica, que es la única, por cierto, que el propio Pambelé acepta de sí mismo. Su tragedia, como se verá, estriba en no reconocer que su biografía, íntegramente considerada, no es heroica en todas sus partes, sino que contiene grandes bolsas de fracaso, durante sus etapas pre- y post- deportivas.

Pues Pambelé tuvo sus desaciertos y problemas, especialmente con el consumo de drogas y con la administración de sus bienes financieros. No solamente sufrió las consecuencias de su adicción y perdió gran parte de su fortuna y su prestigio, sino que tuvo conflictos con la justicia y con su familia, lo que afectó su imagen pública, a tal punto que su hijo José Luis Cervantes expresara abiertamente a Salcedo Ramos la tranquilidad que se respiraba en casa cuando Pambelé se encontraba fuera. Pambelé tuvo que enfrentar una dura realidad después de retirarse del boxeo.

Pambelé es un héroe nacional con luces y oscuridades, con virtudes y desperfectos, con triunfos y fracasos. De esta visión solamente da cuenta la crónica, no el mito popular, manifestado en la leyenda amplificada por los medios de comunicación. Pero, más allá de ser una imagen representativa de la historia del deporte nacional, podremos entender las cuestiones que forjaron su carácter a partir de los relatos que sus allegados reconstruyen en

la obra de Salcedo Ramos (2012), a través de su propia voz, quién realiza un trabajo de inmersión periodística, es decir, se introduce en el diario vivir de Pambelé sobre un tiempo determinado. En este caso, fueron dos años de vivencias con el excampeón colombiano. Esto le permitió a Salcedo Ramos narrar desde la perspectiva personal no solo la vida de Pambelé como figura para entretener su crónica, también explica cómo en el transcurso de la investigación, de tipo inmersivo, se desarrolla un trato familiar entre los dos.

El periodismo de inmersión tiene sus raíces en algunos trabajos de los *muckrakers* de principios del siglo XX, reporteros que investigaron y denunciaron la corrupción de grandes empresas y del Estado. Algunos ejemplos de reportajes de inmersión que revolucionaron el periodismo por la construcción narrativa (Periodismo Literario) exponían desde la intimidad de los personajes su vida, comportamientos, diario vivir, conductas y el contexto en el que desplegaron su historia. Obras como *A sangre fría* de Capote (2007), que, a partir de las entrevistas con los implicados en el crimen de Kansas, reconstruye los hechos de lo ocurrido.

Otro ejemplo que sirve para evidenciar el trabajo de inmersión es el texto, originalmente publicado en 1903, *La gente del Abismo*, de London (2016), quien narra su experiencia en primera persona viviendo como mendigo en East End de Londres durante un par de años. Y, desde luego, *El oro y la oscuridad* de Salcedo Ramos (2012).

El trabajo de Salcedo Ramos (2012) *El oro y la oscuridad* tiene gran calidad y rigor periodístico, en el que se evidencian una profunda investigación y una excelente narrativa. Salcedo Ramos no se limita a contar los hechos, sino que los interpreta y los contextualiza, mostrando las causas y las consecuencias de las decisiones y acciones de Pambelé.

Salcedo Ramos también logra transmitir la emoción y la pasión que el boxeo genera en los costeños, así como la cultura e identidad que este deporte representa para ellos. Es un

maestro de la crónica, que sabe combinar la información con la literatura, el rigor con la creatividad, el respeto con la crítica. Actualmente es quizá uno de los cronistas más respetados de América Latina. *El oro y la oscuridad* es una muestra de su compromiso, talento y trabajo como cronista.

3. Pambelé en el texto periodístico-literario

3.1. El periodismo literario como subgénero híbrido estadounidense

El periodismo literario es una tipología textual de no ficción que combina información fáctica con técnicas narrativas y estrategias estilísticas tradicionalmente asociadas con la ficción. Su objetivo es entretener, gustar, deleitar y a su vez, informar. “Al contrario del periodismo normal, el literario exige sumergirse en complejos y difíciles temas” (Sims, 1996, p. 12). Su objetivo es revelar los detalles dramáticos de las realidades cotidianas, cuyos protagonistas no siempre son celebridades. Se le conoce también periodismo narrativo o nuevo periodismo (Alarcón, 2018; Altamar, 2020; Guerriero, 2016). El periodismo en su nueva concepción de la noticia adquirió características literarias y apostó con escritores estadounidenses como Tom Wolfe y Gay Talese, entre otros, por historias reales, las cuales entran en profundidad en los detalles y la mezcla de estilos.

El periodismo literario surgió en Estados Unidos a mediados del siglo XX, con Tom Wolfe como principal impulsor. Wolfe (1973) decidió dar un giro al periodismo tradicional, que consideraba superficial, breve y escueto, y ofrecer crónicas más extensas, llenas de detalles, con personajes auténticos en un entorno de ficción y desde un punto de vista personal del redactor. Desde el punto de vista de la literatura “pura”, el periodismo literario es una degeneración tipológica; desde el punto de vista del periodismo “puro”, también lo es. El periodismo literario es por tanto un ejemplo de lo que en ámbitos disciplinarios o científicos se denomina lo *multidisciplinar*, lo *transdisciplinar* o lo *transgenérico*. El periodismo literario cuenta con medio siglo de recorrido desde sus producciones iniciales en los Estados Unidos, además de con una expansión a países de lengua distinta a la inglesa. Puede decirse que goza de buena salud, debido a la demanda que hay, en los medios de

comunicación (tanto subalternos como hegemónicos), de lo que en épocas anteriores del periodismo se denominaban *perfiles*: semblanzas escritas de personas consideradas modélicas en una sociedad (actualmente la “persona modélica” no necesariamente es alguien que reúne virtudes morales canónicas: tal es el caso de Pambelé).

Desde su aparición en los Estados Unidos, el periodismo literario ha evolucionado para adaptarse a los nuevos formatos y medios, sobre todo con la irrupción de internet, y para conectar y despertar el interés del lector. Este novedoso estilo narrativo rompe con la estructura clásica del periodismo, basada en las “5 W” (qué, quién, cuándo, dónde y por qué), y busca contar la historia de lo que sucedió, analizarla desde varios puntos de vista, entrar en la psicología de los personajes, usar recursos literarios como el diálogo, la descripción, el monólogo interior, etc. (Biancini, 2016).

Algunos ejemplos de periodismo literario son: *La hoguera de las vanidades*, de Wolfe (1987), una novela que retrata la sociedad neoyorquina de los años 80 a través de la historia de un exitoso agente de bolsa que se ve envuelto en un accidente de tráfico. *A sangre fría*, de Capote (2007) es la novela clásica de este subgénero, una obra que narra el brutal asesinato de una familia en Kansas en 1959, basándose en una exhaustiva investigación periodística y en un conjunto de entrevistas con los criminales.

En esta nueva forma de hacer periodismo se usan técnicas narrativas y recursos estilísticos propios de la literatura para contar historias reales. Su objetivo es informar, pero también entretener, emocionar y deleitar al lector con una escritura cuidada y creativa.

La diferencia entre el periodismo literario y otros tipos de periodismo radica, por tanto, en el uso del lenguaje, el enfoque de la historia, el grado de subjetividad y el propósito comunicativo. Este se acerca más a la ficción, pero sin dejar de ser veraz:

Al contrario de los novelistas, los periodistas literarios deben ser exactos. A los personajes del periodismo literario se les debe dar vida en papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas. (Sims, 1996, p. 12).

Talese, quien después de trasladarse desde Italia y formar una familia con Catherine De Paolo en Estados Unidos, se convertiría en el periodista literario de mayor influencia, se destaca como el pionero de esta nueva propuesta naciente desde la crónica.

El surgimiento de esta forma de documentar y contar se dio como una propuesta híbrida que revolucionó la escritura periodística también se debe al contexto en el que Talese desarrolló esta nueva forma de narrar. La ficción estaba en apogeo con su forma más importante de expresión: la novela, flexible, fresca, dinámica y, por ende, estas características estilísticas las adoptó a su nueva propuesta.

Así, el auge que enmarca la novela y su estructura narrativa permitió que la propuesta periodística de Talese se alimentara desde lo ficcional de pequeños detalles realistas que nutrirían su estructura. Surgieron factores fundamentales que determinaron directamente el avance de este género. Además, guarda relaciones con la escuela literaria naturalista, por cuanto ambos tienen como objetivo la reproducción verbal, diegética, de hechos y sujetos no ficcionales. Podría tratarse el periodismo literario de una evolución de la novela naturalista, aunque para lo que nos concierne no entraremos en detalles de la filogenética textual. Escritores como Talese y Capote se adentraron en la investigación y observación de esa condición, algunas veces, dada por el determinismo, individuos en situaciones de calamidad, desgracia, personajes en el ocaso. Héroes que parecen haber caído en la desesperanza.

El periodismo literario contó con oposiciones en su primera hora. “Los reporteros normales, y algunos novelistas, no tardaron en criticar el nuevo periodismo. Sostenían que

no siempre era exacto. Era ostentoso, vanidoso y violaba las reglas periodísticas de la objetividad” (Sims, 1996, p. 14). En los años 60 apareció un nuevo concepto de escritura, que, en palabras de Tom Wolfe (1976), “consistía en hacer posible un periodismo que... se leyera igual que una novela” (p. 18). Esta afirmación, que ofendió inicialmente a muchos, sirvió a Talese para hacerse con todos los recursos estilísticos necesarios: “Aprendí a escuchar con paciencia y cuidado y a no interrumpir nunca” (Talese, 2010, p. 261).

Exponerse a la naturaleza misma del mundo fue aquello que marcó la principal diferencia para el periodista. Talese así lo entendió: comprendió que presenciar los sucesos fundamentales que rodean al personaje era trascendental. Cuando escribió su texto sobre el jugador de béisbol Joe DiMaggio para “La temporada silenciosa de un héroe”, tuvo que reunirse con él en Nueva York, seguirlo hasta San Francisco y finalmente convencerlo de compartir con él y sus amigos en un bar. Talese recogió en su texto la actitud fría y despectiva de DiMaggio hacia él, recreando y cultivando la reserva que rodea al jugador.

Talese aprovecha al máximo cada interacción y cada detalle en función de su crónica. Así, la sensibilidad le permitió encontrar temas de escritura en lugares inesperados; y resultó que esta estrategia se convirtió en el principal método para elegir un tema de escritura. Talese escribió diversas crónicas deportivas, que se convirtieron en un tema común en su obra. También tiene perfiles de personajes famosos e íconos de la cultura *pop*, pero no los cubre en un episodio o en un momento glorioso tal como era tradicional, por el contrario, escribía sobre aquellos cuyas carreras están en declive (Joe DiMaggio, Floyd Patterson, Muhammad Ali).

En otras palabras, encuentra una historia detrás de la fama o una historia aceptada como fenomenal que merece ser contada, dejando de lado su fugacidad, encuentra lo atemporal: la esencia del hombre; no del hombre en general, por supuesto, sino del individuo

concreto al que escudriña de cerca, en una labor parecida a la convivencia. Caballero (2017) y Puerta (2017) han estudiado este rasgo en otras obras de Salcedo Ramos, en las que ocurre una desmitificación y un alejamiento de la representación, en aras de aprehender al individuo concreto sobre el cual se escribe un material narrativo.

Manifiesta su interés por escribir perfiles de personas cuyas experiencias de éxito y fracaso aumentan su capacidad de contar, y de escribir escenas que alternan entre el pasado y el presente como nos lo hace saber en uno de sus libros, *El silencio de un héroe*, en el cual recoge crónicas sobre deportistas en el momento pleno de fugacidad; lo que demuestra su voluntad de abarcar, con la mayor complejidad posible, las etapas o periodos de sombra de aquellos deportistas.

El periodista literario puede individualizarse estilísticamente, a la manera de los escritores de literatura; es decir, puede llegar a desarrollar una *poética* personal, objetivada en rasgos verbales y temáticos, susceptibles de análisis. Arango (2016), por ejemplo, ha estudiado la poética de Salcedo Ramos, en la que encuentra las siguientes constantes temáticas: “la cultura popular, la propensión o tendencia a lo insólito, la memoria como fuente primordial del periodismo literario, el fracaso como esencia del destino humano, los cierres compasivos” (p. 8). En su análisis de la obra de Salcedo Ramos, Arango sitúa *El oro y la oscuridad* como un texto que ejemplifica principalmente el tema del fracaso como esencia del destino humano: “El texto es una montaña rusa que nos lleva de los picos más altos en la carrera y la vida del protagonista hasta los valles más profundos de su perdición. Para ello recurre a los testimonios anecdóticos de personas cercanas al protagonista” (p. 68). Afirma Arango, además, que el fracaso queda resaltado por el hecho de haber mostrado al principio de la crónica al protagonista en su fase de paria, a partir de lo que se hace la analepsis que muestra sus días de esplendor.

3.2. La inmersión como técnica principal del periodismo literario

La técnica de la inmersión periodística es una forma de hacer periodismo que consiste en que el reportero se introduce en el entorno del individuo a investigar durante un período de tiempo para experimentar en primera persona los hechos que luego narrará. Su objetivo es informar con profundidad, rigor y detalle, y crear una experiencia inmersiva para el lector o el espectador. No es un trabajo altruista, ni de mero homenaje desinteresado a una dignidad marginada u ofendida (como los propios practicantes del género y sus apologistas suelen afirmar). El periodista literario es un sujeto interesado en su propia gloria y medro económico e institucional. Con su trabajo, que puede ser el resultado de años de inmersión, busca “ganarse la lotería”, lo cual es enteramente comprensible y por demás muy humano:

En su forma más simple, la inmersión significa el tiempo dedicado al trabajo (...) Los periodistas literarios apuestan con su tiempo. Su impulso de escribir los lleva a la inmersión, a tratar de aprender todo lo que hay que saber sobre un tema. No todos los escritores jóvenes pueden arriesgar dos años en un proyecto que puede o no ganarse la lotería. (Sims, 1996, p. 19).

La técnica de la inmersión guarda semejanzas con el trabajo de campo del etnógrafo o antropólogo, que se sumerge en los grupos culturales a los que estudia, adoptando su lengua, usos y costumbres: “En lugar de merodear en las afueras de poderosas instituciones, los periodistas literarios tratan de penetrar en las culturas que hacen posible que funcionen” (Sims, 1996, p. 12). Tracy Kidder, entrevistado por Sims (1996), diferencia la inmersión y la entrevista, desechando esta última como una técnica inadecuada en comparación con la inmersión propiamente dicha:

Pero [Kiddler] no perfora a la gente con preguntas incisivas. “No sé cómo metérmele a la gente a la fuerza”, dijo. “Nunca he llegado a ninguna parte con esa técnica. Una buena manera de investigar es irse a vivir de verdad con la gente. Cuando ya siento que tengo la libertad de hacer la pregunta desagradable, pues la hago. Pero no sirvo para importunar a la gente. Calculo que, si no me dicen lo que quiero ahora, me lo dirán después, así que yo sigo yendo”. (Sims, 1996, p. 20).

Evidentemente, la presencia de un observador desconocido predispone al sujeto al que se quiere investigar. El observador equivale a una cámara de video que registra las palabras y las acciones de aquel cuya interioridad se quiere conocer. Es imprescindible para el periodista pues, para no ser visto como un intruso, que llegue a formar parte de la cotidianidad de aquella persona o comunidad sobre la cual pretende escribir. El periodismo de inmersión se relaciona con el periodismo literario, el periodismo narrativo y el nuevo periodismo; y utiliza recursos como el diálogo, la descripción, el monólogo interior, entre otros. Para abordar el periodismo literario es necesario mencionar a Gay Talese, quizá el principal precursor de este género híbrido que maduró y transformó las formas de narrar de los escritores-periodistas.

Al abordar temas sociales, económicos, políticos entre otros, que definen la estructura de la sociedad, el periodismo literario implica también una gran responsabilidad, término descrito minuciosamente en el prólogo de Norman Sims (1996) al libro *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*, donde se dejan ver y entender las implicaciones de la tarea del periodista en esta nueva forma de reportar y narrar. En estas páginas hay una latente preocupación por el entorno en el que se desenvuelven los personajes y todo lo que internamente se construye en él. El periodismo literario tiene “la vocación de indagar en profundidad la condición humana” (López, 2005, p. 28).

Emerge como una respuesta a la necesidad de contar historias reales con la belleza y profundidad que tradicionalmente se reserva para la literatura. Esta forma de periodismo, también conocida como “nuevo periodismo” o “periodismo narrativo”, desafía la noción de que la objetividad y la distancia son siempre necesarias para informar sobre la realidad. Sobre esta noción de plantear la noticia o hecho alejada de las formas tradicionales, Talese nos menciona en un fragmento de Vida de un escritor.

Los presentadores de televisión y editores de noticias carecían del entrenamiento y la experiencia para hacer una evaluación adecuada y comunicar integralmente, de una manera equilibrada y confiable, los graves eventos del día. (Talese, 2009, p. 245)

Las raíces del periodismo literario se hunden en la literatura misma. Grandes escritores como Ernest Hemingway y George Orwell fueron también periodistas que utilizaron técnicas literarias para enriquecer sus reportajes. En tiempos más recientes, autores como Gabriel García Márquez y Tom Wolfe han seguido esta tradición, demostrando que la narrativa y el periodismo pueden coexistir armoniosamente. Los periodistas literarios intentan alejarse de la mirada tradicional que domina la noticia contemporánea:

El conflicto de intereses: cada vez que un medio de comunicación señala con vehemencia los errores del bando con el cual no simpatiza, pero se muestra complaciente u oculta aquellos del bando filial, permite que la información termine convertida en arma de guerra, lo cual es nefasto en la posibilidad de construir una verdadera opinión pública. (López, 2005, p. 34).

Lo que distingue al periodismo literario es su enfoque en la narrativa. Los periodistas literarios emplean dispositivos como el diálogo, la descripción detallada y la construcción de personajes para sumergir al lector en la historia. Además, a menudo adoptan una estructura

narrativa similar a la de una novela o un cuento, con un inicio, un desarrollo y un desenlace claros.

Una de las premisas del periodismo literario es que la belleza de la prosa no debe oscurecer la verdad. Por el contrario, se cree que una escritura cuidadosa y considerada puede revelar aspectos de la verdad que un estilo más seco y directo podría pasar por alto. La elección de las palabras, el ritmo de las frases y la estructura general del texto contribuyen a una comprensión más profunda de los hechos.

A pesar de su naturaleza creativa, el periodismo literario mantiene un compromiso firme con la precisión y la veracidad. Los periodistas que practican este estilo deben navegar cuidadosamente entre la narrativa envolvente y la representación fiel de los hechos. La responsabilidad ética sigue siendo primordial, y la manipulación o la ficcionalización de los eventos no tiene cabida en el periodismo literario.

La naturaleza creativa mencionada antes y el uso adecuado de la proximidad son muy relevantes para que la historia contada adquiera la forma y contenido necesarios. No tiene sentido correr sobre el relato noticioso con prisa ignorando detalles que conformarían mejor el cuerpo de esta.

Para el periodista que narra, la actualidad o la novedad de un hecho, por ejemplo, es posible que importen muy poco. En cambio, cobra mucho valor la profundidad que pueda alcanzar en el tratamiento de este. No hay que preocuparse tanto por contar una historia fragmentaria el mismo día en que ocurre el suceso. Importa más contar la historia completa, con todos sus detalles. Cuando Truman Capote publicó *A sangre fría*, su clásica novela reportaje, el crimen de la familia Clutter había dejado de ser noticia hace más de seis años. De hecho, los periodistas del condado de Holcomb acusaban constantemente a Capote de estar empeñado en que nadie en los Estados

Unidos olvidara que en su pueblo había ocurrido un crimen atroz. (Hoyos, 2003, p. 89)

Como podemos ver en el anterior fragmento de *Escribiendo historias*, de Juan José Hoyos, elementos como la proximidad y el trabajo de campo son cruciales para una investigación profunda y concienzuda de la obra, más allá de la temporalidad que este estudio implique. En el caso de Salcedo Ramos, su técnica se caracteriza por una profunda inmersión en las historias humanas, la atención a los detalles y la habilidad para revelar la esencia de los personajes y los eventos. En la relatoría de un taller de crónica dictado en la Fundación de Nuevo Periodismo, de Cartagena, Salcedo Ramos aconseja, para la escritura de textos dentro de dicho género “poner en escena, ser paciente, escuchar, acompañar” (Ale, 2017, s/p).

3.3. La inmersión como insumo de *El oro y la oscuridad*

La inmersión de Salcedo Ramos para la escritura de esta crónica se prolongó por casi dos años, de inicios de 2004 a finales 2005, según declaración propia (Salcedo Ramos, 2012, p. 158). Para la construcción de *El oro y la oscuridad*, el periodista se sumergió en los entornos y las vidas de las personas que entrevista alrededor de Pambelé. Observó con agudeza, presta atención a los gestos, las palabras no dichas y los detalles aparentemente insignificantes. Desarrolló una suerte de empatía que le permitió capturar la esencia de personajes y retratarlos de manera auténtica. En su crónica registró anécdotas cuyo significado, si bien queda en las brumas de la inexactitud, revela, cuando menos de manera simbólica, trazos de la intimidad de Pambelé. Es el caso, por ejemplo, de un mensaje gestual que una prostituta dirige al excampeón. ¿Cuál es su significado? ¿Por qué dramatiza un disparo de pistola contra el ídolo? ¿Hay allí un indicio acaso de algún comportamiento sexual

específico del investigado, de alguna parafilia? Si bien caben estas interpretaciones, mantenidas siempre como conjeturas por nuestra parte, Salcedo Ramos informa del incidente como si se tratase de un cuadro de costumbres:

Andando con él he sido testigo de las situaciones más chistosas y de las más conmovedoras. Una tarde, en Cartagena, mientras atravesábamos el Parque del Centenario, descubrimos a una prostituta que se estaba bañando desnuda, con la mayor frescura del mundo, en medio de un tumulto de mirones. A leguas se notaba que la muchacha era un pájaro de la noche extraviado en el día, los movimientos lerdos, los ojos enrojecidos como brasas. Quizá cuando se agachaba para sacar el agua del balde sentía girar el mundo en cámara lenta. Cuando reconoció a Pambelé le sonrió con picardía. Después le apuntó con su índice derecho, como si fuera una pistola, y le descerrajó un balazo burlón que dejó un estampido de carcajadas en el ambiente. Pero Pambelé siguió de largo conmigo, fingiendo que no la había visto.

—¡Campeónnnnnnnnnnn! —gritó entonces la muchacha, sandunguera. — ¡Ven a enjuagarme la panocha, campeónnnnnnnnn!

Pambelé levantó su mano izquierda con la “V” de la victoria, y continuó su marcha sin mirar hacia atrás, mientras aquellos chiflados, que parecían actores de una película neorrealista del Caribe, siguieron allí desternillándose de risa. (Salcedo Ramos, 2012, p. 158)

Uno de los rasgos de personalidad de Pambelé que atestiguó Salcedo Ramos fue su “memoria espacial” (para tomar el término a los psicólogos): “Algo que me llamó la atención durante aquellas jornadas fue su asombrosa habilidad para orientarse, especialmente en Cartagena. Pambelé conoce al dedillo los espacios que frecuenta” (Salcedo Ramos, 2012, p. 159). Quizá estas informaciones relativas a la individualidad no podrían captarse mediante

técnicas distintas a la inmersión; y la sola declaración del investigado tal vez carezca de la fuerza probatoria y dramática de una declaración del testigo, que en este caso es el periodista. “En otra ocasión se frenó en seco frente a la desembocadura de un callejón de San Diego, y recitó de memoria los colores de todas las casas que venían a continuación. Ese dominio de la calle se debe a su condición de vagabundo empedernido” (p. 159).

La frecuentación de Pambelé a lo largo de dos años también hizo que Salcedo Ramos advirtiera en él rasgos no demasiado amables, concretamente de una vanidad compulsiva. Pambelé demandaba mucha admiración:

Empezó a llamarme por teléfono casi todos los días (...) Sus conversaciones eran – invariablemente– una descarga urgente:

–¡Albe, prende el televisor al mediodía, que me entrevistaron en el aeropuerto despidiendo a la Selección Colombia!

(...)

En otra ocasión me preguntó si ya tenía el nuevo disco de Diomedes Díaz. Cuando le respondí que no, me dijo:

–Cómpralo esta misma tarde, que ahí me mencionan a mí en una canción que se llama “La sanguijuela”.

(...)

–Albe, ve organizando las cosas, ¿oíste? Ese libro sobre la vida mía tiene que salir este año.

–¿Por dónde vas en el libro, Albe? Métele *la cañaña* a ese libro, porque tú sabes que la vida mía le interesa a todo el mundo.

Una mañana lo descubrí todo: cada vez que me llamaba estaba en un sitio concurrido: el aeropuerto, la terminal de transportes o el mercado. Su intención, pues, era

notificarle a voz en cuello a los presentes, que su vida, la vida del más extraordinario boxeador de las ciento cuarenta libras por los siglos de los siglos, amén, sería narrada, óiganlo bien, carajo, en un libro. (Salcedo Ramos, 2012, p. 160-162)

Por cuanto se refiere a la representación literaria de la personalidad de Pambelé (representación que, de acuerdo con las descripciones del periodismo literario, es el objetivo último de tal forma del periodismo), puede afirmarse que la crónica de Salcedo Ramos muestra que el excampeón boxístico es trashumante o vagabundo, memorioso, pródigo, destemplado, hermético, exhibicionista y vanidoso. La contradicción que puede haber entre los adjetivos “hermético” y “exhibicionista”, que colocamos nosotros a partir de la crónica leída, se resuelve como sigue: Pambelé es hermético en tanto se niega a proporcionar informaciones acerca sus fracasos y errores, acerca de su etapa “de oscuridad”, tal como reza el título de la crónica; pero es exhibicionista y vanidoso en todo cuanto toca a su etapa “dorada”, “áurea”: por ello habla de sus victorias pasadas, alejadas en el tiempo por treinta años, como si formasen parte del presente. Sin que queramos invadir el ámbito de la psicología, podemos conjeturar que Pambelé, el pseudónimo deportivo, es una máscara (*prosopón*, *personare*, *personae* o *persona*) que Antonio Cervantes adoptó y que, una vez caída con su derrota, se negó a desechar. Cervantes nunca se resignó a volver a ser Cervantes; por el contrario, insistió en que era Pambelé, aun cuando Pambelé no existiera ya.

Consideramos que el momento culminante y contundente de la inmersión (de la que casi se desprende una lección implícita sobre el oficio) se dio en la Plaza de Toros de Cartagena, el 2 de septiembre de 2005, durante una velada de boxeo. En ese sitio y momento, Pambelé, quien formaba parte del público, manifestaba una actitud violenta para con todos los presentes, incluido Salcedo Ramos. “Lo que más tenía fuera de quicio a Pambelé era la presencia del excampeón mundial Roberto Durán, más conocido como *Mano e’ Piedra*, en

la Plaza de Toros. Los dos cultivaron siempre una gran rivalidad deportiva” (Salcedo Ramos, 2012, p. 162). Téngase en cuenta, como en la crónica se ha dicho, que el diagnóstico psiquiátrico de Pambelé era “trastorno bipolar afectivo” (p. 60), por no mencionar un segundo diagnóstico, hecho por profesional cubano, según el cual

Pambelé padecía daños irreversibles debido a la pérdida de neuronas (...) La ciencia podía lograr, a lo sumo, siempre y cuando Pambelé abandonara el bazuco, que el deterioro neuronal fuera menos agresivo. Sin embargo, existían posibilidades de que en el futuro sufriera afecciones en el sistema nervioso. Martínez decidió empezar el tratamiento desintoxicándolo de sí mismo, apartándolo de esa droga pesada que era el culto de su propia imagen. (p. 63).

En la plaza de Toros de Cartagena, en la velada referida de 2005, el público aclamaba a *Mano e’ Piedra* Durán, para quien se había reservado un palco de honor. Sobre Pambelé, en cambio, llovían frases de desprecio e insultos, debido a su conducta fuera de lugar. Salcedo Ramos constató entonces cómo reaccionaba Pambelé ante su propio fracaso. La realidad era abrumadora para él: su heroicidad, su aureola de ídolo, se borraba ahí donde él no era el preferido. Esto le resultaba intolerable. Y su reacción era la violencia, la de sus puños:

Apenas me vio, me pidió una cerveza. Le sugerí que se fuera a dormir, ya que estaba muy borracho. Enseguida se desató a proferir los insultos más feroces que me han dedicado jamás. Al final de la sarta de improperios me lanzó el golpe de gracia inevitable:

—¡Yo soy el campeón mundial!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Y ahí mismo, para demostrar que, en efecto, era el campeón se cuadró frente a mí, dispuesto a defender el título. La rebelión del personaje contra el autor será un excelente argumento literario, no te lo voy a negar, pero puedo jurar que cuando ese

ser enfebrecido se sale del libro, cuando lo tienes frente a ti como un Atila de resuello pavoroso, cuando blande en tu cara sus dos puños temibles, lo que sientes son físicas ganas de morirte. (Salcedo Ramos, 2005, p. 164)

A Pambelé lo desalojaron por la fuerza de la Plaza de Toros. El deplorable espectáculo, junto al agravio físico, fue el motivo, más bien el conocimiento, del final de la crónica: “En ese momento comprendí la verdadera dimensión de su tragedia” (p. 165). Lo trágico es, propiamente, la caída de un personaje social y moralmente elevado. Ahora bien, el movimiento de Pambelé, o más bien de Antonio Cervantes, fue ascendente en un primer momento (de Cervantes, personaje bajo e insignificante socialmente, hacia Pambelé, campeón mundial); y descendente en un segundo momento (de Pambelé hacia Cervantes nuevamente). Quizá la gloria y la tragedia, para recuperar el subtítulo de la crónica de Salcedo Ramos, *La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*, no puedan juntarse sin dificultad en un mismo individuo.

4. Conclusiones

De acuerdo con la crítica de mitos campbelliana, los mitemas que se presentan en el recorrido biográfico de Pambelé son “llamado a la aventura”, “camino de las pruebas”, “tentación”, “gracia oculta” y “rescate del mundo exterior”. Para la sociedad colombiana en general y para la sociedad palenquera en particular, Pambelé es un *héroe* que ha dado lugar a un *mito*, si bien, en tanto *héroe* y en tanto *mito*, es una figura negativa, más allá de su exaltación. En cuanto símbolo, Pambelé es el héroe a quien vencen la destemplanza y las pasiones. Si bien ha protagonizado una épica de gloria, seguida de una caída trágica, su carácter ético se define por la vanidad, por el amor a su propia gloria y la negación rotunda de su fracaso.

El esquema campbelliano permite estudiar formalmente el endiosamiento de Pambelé, su elevación a personaje mítico, a referente al que una comunidad concede atributos mágicos; a la categoría de totem, pues. Mediante dicho esquema puede darse cuenta de lo que la colectividad busca en el individuo sobresaliente, el que ha vencido en el camino de las pruebas. Estos significados míticos son los que se encuentran en la música popular que toma como referente a Pambelé (Vives, 2020; Petro, 2018; Díaz, 2022).

La crónica periodística-literaria de Salcedo Ramos, en cambio, revela el aspecto negativo del personaje, su personalidad patológica, su negación de la realidad, su distorsión del tiempo y el amor a la máscara que le han construido. Podemos por tanto afirmar que la investigación periodístico-literaria es más eficaz que los acercamientos hechos desde la cultura popular o desde el periodismo no inmersivo para aprehender íntegramente al sujeto estudiado, al protagonista de la crónica.

Después de enaltecer el nombre de nuestros héroes contemporáneos, estos son condenados a un olvido injustificado que, como Alberto Salcedo Ramos pone en relevancia en *El oro y la oscuridad*, está rodeado del desasosiego de la derrota, no como deportistas, sino como hombres que han probado el placer de la victoria y el reconocimiento para después ser condenados en el ocaso de sus carreras a la desmemoria.

La vida de Pambelé, desde sus primeros trazos en este deporte, sirvió para salvarlo de un destino lleno de complejidades y “rebusque”. Dejó de lustrar zapatos para brillar sus guantes de boxeo. Se armó los nudillos y defendió su derecho a la memoria histórico de este país en cada golpe que dio. Se rodeó de la élite de la política, del deporte, entre otros allegados que, contemplando el apogeo del joven campeón, no dudaron en enlazar amistad con él. Pero, por otra parte, también sufrió del escarnio constante como consecuencia de su caída.

Este hábito de los periódicos de no perderle pisada, de rastrear sus andanzas, sus amores, sus triunfos y sus derrotas personales, dio fin al histórico campeón. De hecho, la cobertura mediática lesionó su integridad, al darle un protagonismo que agravaba su condición psiquiátrica. Después vino el descenso, la caída paulatina de la figura de Pambelé como personaje público, pero también como icono que ejemplificaba la forma y el esfuerzo para llegar a la grandeza. La historia de Pambelé, en la pluma de Salcedo Ramos, lleva implícita una crítica al éxito.

Pambelé, si bien fue el deportista mediante el cual Colombia conoció el triunfo como algo propio, supo eclipsar ese término que Gossaín utilizaba con tanto propiedad sobre nuestras proezas como nación “casitriunfante”. También, nos enseñó como un héroe desaparece, cómo su luz que emergió con tanta fuerza y hambre se mostró dubitativa al final de su camino personal del héroe. No fue alguno de los mitemas de su vida profesional o personal lo que terminó determinando su ocaso. Si no, precisamente, lograr hacerse con el

recorrido de su vida y tener que enfrentarse a su propia figura años después, no siendo más campeón. Retrato en la pluma de Salcedo Ramos (2012), como un humano más.

Salcedo Ramos, con gran destreza y una sensibilidad particular, logra retratarnos el día a día de Pambelé, sus pensamientos, hábitos, gustos y disgustos. A través de la inmersión en su vida, Ramos se convierte en un cotidiano frecuente del andar del excampeón mundial de peso Welter Junior. El escritor usa como principal apoyo la memoria y la reconstrucción intimista de lo ocurrido con Pambelé, recurriendo además de los escenarios, a las emociones que Antonio Cervantes deja brotar en momentos donde precisamente esa memoria recapitula vehementemente lo que fueron los instantes más destacables de su vida: puntos de giro en los que se enmarca el sendero de su nombre.

5. Referencias

- Ale, M. (2017). Relatoría del Taller de crónica periodística con Alberto Salcedo Ramos. Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/relatoria-del-taller-de-cronica-periodistica-con-alberto-salcedo-ramos>
- Alarcón, C. (2018). Círculo dinámico de la información y periodismo narrativo. En: O. Rincón. (Ed.). *Enseñar el periodismo: La mutación de contar historias de la realidad*. Universidad de los Andes. 57-69.
- Altamar, J. (2020). *El camino de la crónica*. Universidad del Norte.
- Arango, C. (2016). *Temáticas recurrentes en la obra periodística de Alberto Salcedo Ramos*. [Monografía de pregrado en Literatura]. Universidad del Valle.
- Barthes, R. (2002). *Mitologías*. (H. Schmucler, Trad.). Siglo XXI.
- Biancini, F. (2016). Taller de periodismo narrativo con Juan Villoro. Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/taller-de-periodismo-narrativo-con-juan-villoro-0>
- Caballero, A. (2017). La eterna parranda y el entierro de cortijo: Desmitificación del conocimiento erudito y alejamiento de la representación. *Estudios de literatura colombiana*, 40. 63-77.
- Callegari Melo, N. (2020). *Géneros periodísticos de hoy: Este es el manual*. Ecoe Ediciones / Ediciones USTA.
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito*. (L. Hernández, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Capote, T. (2007). *A sangre fría*. (J. Z. Goicoechea, Trad.). Anagrama.

- Caracol Televisión. (2024, 14 de abril). *Así es “Kid Pambelé”, leyenda del boxeo a sus 77 años: “Enseñamos a ganar”*. [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=OdGaZ27VY7g>
- Copper, R. (1987). *Joe Louis: A Hero for All American*. Creative Productions.
- Correa, C. (2011). *La crónica reina sin corona. Periodismo y literatura: fecundaciones mutuas*. EAFIT.
- Darrigandi, C.; Diz, T. (2019). Un género persistente: crónica periodística-literaria latinoamericana. *Cuadernos de Literatura* 23(45). 176-182.
<http://revistas.javeriana.edu.co>
- Díaz, D. (2022, 26 de diciembre). *La sanguijuela*. [Audiograbación]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=RUXmCVrEJLA>
- Duque, S. (2017). Relatoría del taller Periodismo narrativo: reporte, mirada y estilo, con Leila Guerriero. Fundación Gabo.
<https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/relatoria-del-taller-periodismo-narrativo-reporte-mirada-y-estilo-con-leila>
- Echeverry, J. (2016). Taller de periodismo y narración con Alberto Salcedo Ramos. Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/taller-de-periodismo-y-narracion-con-alberto-salcedo-ramos>
- Estébanez Calderón, D. (2000). *Breve diccionario de términos literarios*. Alianza.
- Foucault, M. (1996). *De lenguaje y literatura*. (I. Herrera, Trad.). Paidós.
- Giudice, C. (2006). *Hands of Stone: The Life and Legend of Roberto Durán*. Milo Books.
- Greimas, A. (1972). Elementos para una teoría de la interpretación del relato mítico. En. R. Barthes. (Ed.). *Análisis estructural del relato* (pp. 45-86). Editorial Tiempo Nuevo.
- Guerriero, L. (2016). *Zona de obras*. Anagrama.

- Jung, C. G. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. (M. Murmis, Trad.). Paidós.
- Herrscher, R. (2018). Enseñar periodismo: El primer día de clase. En: O. Rincón. (Ed.). *Enseñar el periodismo: La mutación de contar historias de la realidad*. Universidad de los Andes. 50-57.
- Hoyos, J. (2003). *Escribiendo historias: El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Universidad de Antioquia.
- Lara, D. (2021). Relatoría del “Taller de crónica: un espejo de lo real”, con Joseph Zárate. Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/relatoria-del-taller-de-cronica-un-espejo-de-lo-real-con-joseph-zarate>
- London, J. (2016). *La gente del abismo*. (J. Pardo, Trad.). Gatopardo Ediciones.
- López, A. (2005). *Entre la pluma y la pantalla*. Universidad del Valle.
- López, F. (2010). Periodismo literario: Entre la literatura constitutiva y la condicional. *Ámbitos* 19. 97-116.
- Mead, C. (1986). *Champion Joe Louis, Black Hero in White America*. Penguin Books.
- Morales, L. (2018). Entrevista con Alberto Salcedo Ramos: Una mirada al género de la crónica actual. *Confluencia* 34(1). 150-156.
- Moreno, D. (2016). El arte de dibujar, con las palabras, a una persona: Taller de perfiles con Jon Lee Anderson. Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/el-arte-de-dibujar-con-las-palabras-una-persona-taller-de-perfiles-con-jon-lee>
- Ortiz, M. (2016). Relatoría del taller de crónica periodística con Jon Lee Anderson. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/relatoria-del-taller-de-cronica-periodistica-con-jon-lee-anderson>
- Parrat, S. (2008). *Géneros periodísticos en prensa*. Ediciones Ciespal.

- Petro, N. (2018, 27 de septiembre). *Atraco a Pambelé*. [Audiograbación]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=p5lmp9FwlEQ>
- Puerta, A. (2017). *La mirada del cronista. El método de Alberto Salcedo Ramos*. Universidad de Medellín.
- Rangel, L. (2021). *El periodismo narrativo en las obras El oro y la oscuridad, de Alberto Salcedo Ramos, y Siete veces Pedro, de Lorena Álvarez Restrepo*. [Monografía de pregrado en Comunicación Social]. Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Rincón, O. (2018). Esa especie mutante llamada periodismo. En: O. Rincón. (Ed.). *Enseñar el periodismo: La mutación de contar historias de la realidad*. Universidad de los Andes. 10-17.
- Salcedo Ramos, A. (2015). *Botellas de naufrago*. Luna Libros.
- _____. (2012). *El oro y la oscuridad: la vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*. Debate.
- Sebreli, J. J. (2008). *Comediantes y mártires: Ensayo contra los mitos*. Debate.
- Sullivan, R. (2005). *Rocky Marciano: The Rock of his Time*. University of Illinois.
- Sims, N. (comp.). (1996). Prólogo. *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. (N. Suescún, Trad.). Áncora Editores.
- Steen, R. (2003). *Sonny Liston: His Life, Strife and the Phantom Punch*. JR Books.
- Talese, G. (2008). *Retratos y encuentros*. (C. Restrepo, Trad.). Alfaguara.
- _____. (2009). *Vida de un escritor*. (C. Restrepo, Trad.). Alfaguara.
- Vega, L.; Barrios, M. (2017). El periodismo literario en el Caribe colombiano: Ernesto McCausland Sojo y la pervivencia de la crónica. *Signo y Pensamiento*, 35(69). 84-99. [doi:10.11144/Javeriana.syp35-69.plcc](https://doi.org/10.11144/Javeriana.syp35-69.plcc)

Vives, C. (2020, 12 de diciembre). *Pambe*. [Audiograbación]. YouTube.

<https://www.youtube.com/watch?v=6X9uzoD36QU>

Wolfe, T. (1987). *La hoguera de las vanidades*. (J. Guarner, Trad.). Anagrama.

_____. (1976). *El nuevo periodismo*. (J. Guarner, Trad.). Anagrama.